

Campos de Gutiérrez

Un encuentro de memorias

*Paola Peña Ospina,
Juan Guillermo Bermúdez Tobón*



Colección Memoria y Patrimonio
Secretaría de Cultura Ciudadana



Paola Peña Ospina. Socióloga (Universidad de Antioquia, 2009), Maestría en Historia del Arte (Universidad de Salamanca, 2012), investigadora, docente y curadora independiente. Trabajó 4 años como gestora y curadora del proyecto Espiga, rama curatorial de la Fundación Campos de Gutiérrez.

Juan Guillermo Bermúdez Tobón. Licenciado en Filosofía y Letras (Universidad Pontificia Bolivariana, 2012). Docente de cátedra de la Universidad de Antioquia.

Campos de Gutiérrez

Un encuentro de memorias

Paola Peña Ospina

Juan Guillermo Bermúdez Tobón



Campos de Gutiérrez

Un encuentro de memorias

Paola Peña Ospina

Juan Guillermo Bermúdez Tobón



Peña Ospina, Paola
Campos de Gutiérrez : un encuentro de memorias / Paola Peña Ospina, Juan Guillermo Bermúdez Tobón. -- 1a. ed. -- Medellín : Tragaluz Editores : Alcaldía de Medellín, 2017.
p. – (Colección memoria y patrimonio / Alcaldía de Medellín)

“Beca de Investigación sobre Patrimonio Cultural de Medellín. Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín. Subsecretaría de Lectura, Biblioteca y Patrimonio 2015”. -- Incluye bibliografía.
ISBN 978-958-8845-91-3

1. Campos de Gutiérrez - Historia 2. Haciendas – Historia – Medellín 3. Granjas familiares – Historia – Medellín 4. Casas de campo – Medellín I. Bermúdez Tobón, Juan Guillermo II. Título III. Serie

CDD: 631.21 ed. 23

CO-BoBN- a1012973

© Paola Peña Ospina, Juan Guillermo Bermúdez. 2017

© Alcaldía de Medellín. 2017

Medellín - Colombia

Asesor de Investigación: Gustavo Villegas Gómez

Edición y diseño: Tragaluz editores S.A.S.

Imagen de portada: Hacienda cafetera en el Valle de Aburrá. 1900. Ángel Hernández Hernández. Archivo fotográfico / BPP

Imagen de contraportada: Tranvía 1916. Gabriel Carvajal Pérez. Archivo fotográfico / BPP

Apoyo investigación: Beca en Patrimonio Cultural de la Alcaldía de Medellín
Fotografías: Archivo fotográfico / BPP. Archivo privado Campos de Gutiérrez
Impresión: Marquillas S.A.

ISBN 978-958-8845-91-3

Pimera edición, Medellín, diciembre 2017

Impreso en Medellín, Colombia

Printed in Medellín, Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización de los editores y los propietarios del *copyright*

Contenido

Prólogo	8
Introducción	10
Contexto histórico de la Hacienda Media Luna	13
Renovación de la morfología urbana	21
Cambios en la morfología cotidiana	29
Tipología arquitectónica de las haciendas cafeteras	37
La pervivencia del pasado en el presente	45
La Hacienda Media Luna o San José	48
De hacienda de café a residencia artística	57
Campos de Gutiérrez. La constitución de una residencia artística ..	65
Características arquitectónicas y técnicas de la Hacienda San José	73
Importancia histórica de la Hacienda San José	81
Conclusiones	89
Bibliografía	93

Escanea el código QR y mira los videos de este proyecto:



“O bien arraigarse, encontrar o dar forma a las raíces de uno, arrancar al espacio el lugar que será el nuestro, construir, plantar, apropiarse milímetro a milímetro de la propia casa. O bien no llevar más que lo puesto, no guardar nada, vivir en un hotel y cambiar a menudo de hotel y de ciudad y de país; hablar, leer indiferentemente cuatro o cinco lenguas; no sentirse en casa en ninguna parte, pero sentirse bien en casi todos los sitios”.

George Perec

“La realidad fotografiada asume enseguida un carácter nostálgico, de alegría desaparecida en las alas del tiempo, un carácter conmemorativo, aunque sea una foto de anteaer”.

Ítalo Calvino

“Todo sucedió de verdad”.

Bret Easton Ellis

“Todavía hoy me parece increíble que todo esto haya sucedido”.

David Foster Wallace

“¿Puedo llamar a esto una novela?”.

Marcel Proust

Prólogo

Esta publicación da cuenta de un proceso de valoración de un material que es difícil de comprender, delimitar y preservar. Se trata de un conjunto de espacios y objetos que forman parte del archivo de la Casa Gutiérrez. Estos elementos son diversos, y para entender su funcionamiento dentro del conjunto, es necesario tener cierto conocimiento sobre su origen y, sobre todo, algo de sensibilidad e imaginación. Algunos objetos son evidentemente valiosos en el sentido comercial, pero hay otros que fuera de su contexto pueden parecer basura, literalmente. En el archivo familiar de la casa podemos encontrar cosas tan predecibles como fotos de bebés y matrimonios, cartas postales, una vajilla que pertenecía a la abuela y documentos notariales como certificados de nacimientos y escrituras. También existen objetos extraños que nos remiten a otras épocas, como hábitos ceremoniales para ritos religiosos de los años cuarenta, recipientes y jeringas de vidrio para uso veterinario, libros del siglo XIX en francés con notas en español y archivos contables de los años setenta. Otros objetos nos presentan enigmas: un fragmento de mármol de una lápida del Cementerio de San Pedro; un hueso que parece ser el radio de un esqueleto humano, encontrado en las tapias de la segunda planta; documentación minuciosa de varias sesiones espiritistas; y un bastón con espada oculta envuelto en un periódico de los años treinta que se encontró detrás de las maderas de una alacena.

A estos objetos se suman las obras de muchos artistas que pasaron un tiempo significativo de sus vidas viviendo entre las incomodidades propias de esta casa del siglo XIX, como el aislamiento, los insectos, la

humedad y el ruido que se filtraba a través de las ranuras de la madera. Estas incomodidades también son material de investigación y enriquecen nuestra experiencia y nuestro hacer. La casa archivo contiene objetos que atestiguan la existencia de muchas personas y procesos; cada uno de estos objetos, por más insignificante o inútil que parezca o, en el caso opuesto, valioso y funcional, tuvo un sentido específico al llegar aquí y ahora tiene otro dentro de una colección. Mi interés desde hace unos años que regresé a Colombia ha sido preservar, compartir y crear patrimonio a través de la Fundación Campos de Gutiérrez. Una de las metas de este proyecto es generar conciencia y rescatar la apreciación por los objetos, espacios y personas de esta casa. El motivo de esta tarea es simple y se esclarece en este libro: la casa es un ícono que merece ser preservado; funciona como contenedor de memorias que en su conjunto reflejan los acontecimientos de la historia de Medellín desde el siglo XIX. Es un portal donde todos quedamos suspendidos en el tiempo; la sensación que producen la cal y el adobe hoy es la misma que sintió mi bisabuela en su niñez, a principios de siglo, al caminar descalza por la casa. Lo que más me asombra es imaginarme todo lo que ha sucedido en este lugar y lo poco que ha cambiado. Afortunadamente, ahora Campos de Gutiérrez, o la Hacienda San José, es un imán que atrae a personas de todo el mundo, y se ha suscitado un interés por protegerla. Esto se ha logrado gracias a personas del arte y la academia que se han comprometido.

Andrés Monzón-Aguirre

Introducción

Determinados lugares provocan efectos emocionales y personifican recuerdos o formas de ver la realidad. Al margen de las diferencias manifiestas, muchos albergan en su arquitectura, mobiliario y usos socioculturales huellas, representaciones y símbolos de múltiples temporalidades o microhistorias de las personas que han dejado alguna impronta en ellos. Algunos detalles de estos lugares tendrían un sentido único, asociado a las diversas memorias de cada uno de sus moradores. De ahí precisamente que sus espacios no puedan considerarse algo neutro, sino siempre saturados de memorias muy particulares ligadas a diferentes sentidos.

Uno de tales lugares es, justamente, Campos de Gutiérrez. Desde su fundación como hacienda cafetera a finales del siglo XIX hasta su reapertura como residencia artística en el 2011, Campos no solo ha preservado la memoria del pasado cafetero de la ciudad o el legado sociocultural de la familia Gutiérrez, sino que también ha enriquecido y adaptado esa memoria en virtud de las necesidades del presente. Desde sus orígenes, en efecto, la memoria de la casa ha atravesado por múltiples transformaciones, generaciones de sentido y apropiaciones. Tanto en sus contenidos como en su naturaleza ha ido modificándose con las décadas y poniéndose a tono con los requerimientos de la sociedad contemporánea, o de ciertos fragmentos de la misma. Sin embargo, la memoria preservada presenta una particularidad: reside en todos los espacios de la Casa Gutiérrez y en ninguno en particular. Se adhiere a los objetos del mobiliario, a los documentos legales, fotos y cartas que

reposan en su archivo, así como a su arquitectura neogranadina y a la producción artística que se produce actualmente en su seno. ¿De quién es, entonces, la memoria que pende sobre la casa como una nube invisible y diáfana? Evidentemente, sus depositarios directos están representados en la rica tradición familiar de los Gutiérrez, que ha habitado la casa desde 1894, pero también lo son los campesinos de la zona que trabajaron en la hacienda, las personas que se reunían a jugar parques y cartas por las tardes, las que asistían a la misa que se oficiaba en su capilla o simplemente los que vieron, el 20 de julio de 1969, en el único televisor que había en la zona, el arribo del Apolo 11 a la Luna.

Sin embargo, la memoria de la casa no solo es prerrogativa de las personas que fueron testigos de su funcionamiento como hacienda cafetera, sino también de los artistas, tanto nacionales como internacionales, que la han habitado (como residencia artística). Se trata, por tanto, de una noción dinámica de memoria que se reinventa a raíz de las coyunturas familiares y personales y en función de los nuevos usos de la casa.

Hacienda San José, Casa Grande, Casa de las Señoritas Gutiérrez o Campos de Gutiérrez son los nombres de un fenómeno dinámico, activo y en constante transformación. Un fenómeno encarnado en memorias de orden narrativo, esto es, memorias narradas a través de la tradición oral, pero, también, gracias a la materialidad de los objetos. Y no puede ser de otra forma, en la medida en que necesitan de ambos mecanismos para ser transmitidas de generación en generación.

Ahora bien, no todas las historias se cuentan siempre al mismo tiempo o de la misma manera, pues en cada época se olvidan unas, se narran otras, se modifican algunas y, siempre de forma inevitable, aparecen nuevos relatos, producto de la posibilidad del cambio. De ese conjunto de reminiscencias, cada generación o cada persona ha escogido su repertorio para dar significado a su presente.

Así pues, con el propósito de conferirles una perspectiva histórica a estas memorias, hemos optado en este texto por seguir tres procedimientos diferenciados pero complementarios. Primero, realizamos una contextualización histórica que nos permite otorgarle una base social, política, económica y cultural no solo a la investigación, sino a las memorias personales y materiales de la Hacienda San José o Campos de Gutiérrez. No aludimos a muchos procesos históricos porque sería virtualmente imposible y desbordaría el propósito de la investigación, sino que damos cuenta, de una manera muy esquemática, de acontecimientos y cambios que sucedían en el contexto inmediato en el que la Hacienda San José se constituyó.

Segundo, esbozamos unas líneas generales sobre las particularidades arquitectónicas, constructivas y sociales de las haciendas cafeteras antioqueñas del período. Este pequeño esbozo nos ofrece una perspectiva amplia para adentrarnos en la tercera parte: la historia de la casa en sentido estricto. El tercer apartado lo dividimos, a su vez, en tres: en la primera nos dedicamos a reconstruir la historia de los moradores de la casa y su proceso de transformación de hacienda cafetera a residencia artística; en la segunda damos cuenta de sus características constructivas y de sus especificidades arquitectónicas; y, por último, nos concentramos en resaltar la importancia que la casa tuvo como centro social, religioso y laboral.

Contexto histórico de la Hacienda Media Luna

En torno a 1853, año en el que se construye la Hacienda Media Luna¹, la ciudad estaba cambiando, y no solo en su aspecto físico, sino también en los usos de espacios y en los modos de vida como consecuencia de nuevas pautas culturales. Se acelera el trazado de nuevas calles, el adoquinado de las ya existentes y la construcción de servicios hospitalarios y educacionales. Además, comienzan a funcionar las primeras líneas del tranvía, mientras el crecimiento poblacional y la diversificación de actividades económicas impulsan la expansión de la ciudad a partir de la consolidación de nuevos barrios periféricos. La difusión de las tendencias higienistas, la incorporación de pautas de sociabilidad vinculadas al *sport* y al uso del tiempo libre, la transformación de los modos de habitar y los procesos de ascenso económico, potenciados a su vez por los procesos de metropolización que sufre la ciudad a comienzos del siglo XX, la erigen como el epicentro de todas las actividades. Tras ser nombrada como capital de la provincia de Antioquia en 1826, empieza a concentrar la actividad política, administrativa y comercial, a fortalecer su centralidad funcional, económica y educativa, hasta completarla con la centralidad religiosa, en 1868, con el traslado de la silla episcopal de la antigua capital de la provincia a Medellín².

Pese a que a finales del siglo XIX Medellín era tan solo un poblado grande de unos 40.000 habitantes dentro de un país de poco más de tres millones, ya se erigía como la segunda ciudad en importancia,

¹ No existe un documento legal que permita constatar la fecha exacta de la construcción de la Hacienda Media Luna. El año 1853 se toma como un punto de partida de acuerdo a la tradición oral.

² González Escobar, Luis Fernando. *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad: crecimiento y modelos urbanos, 1775-1932*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, p. 27.

seguida de Bogotá, en cuanto a actividad comercial y económica. Pero este hecho no solo respondía a factores estrictamente económicos, sino que también tenía que ver con la idiosincrasia de los comerciantes antioqueños. Por un lado, toman especial importancia la minería, el comercio ejercido por los rescatantes y el cultivo parcelario del café y, por otro, la Escuela de Artes y Oficios, fundada en el año de 1870 por el gobernador Pedro Justo Berrío porque la región necesitaba producir repuestos para la maquinaria de la minería y de las nacientes empresas de cultivo y trilla de café. Con la Escuela de Artes y Oficios, tanto en la sede de Medellín como en la de Rionegro, se avanza notoriamente en la fabricación de máquinas despulpadoras de café, bombas para minería, máquinas de coser e incluso fusiles; además, en la escuela se imparte capacitación en las áreas de carpintería, herrería, sastretería, hojalatería, dibujo lineal, mecánica, fundición, etc., formando así buena parte de la mano de obra calificada que requerían tanto las industrias ya existentes como las muchas otras que se crearían en los años posteriores.

Como ya se dijo, el florecimiento económico de la ciudad y del departamento no se explica únicamente con razones estrictamente económicas. La idiosincrasia del comerciante antioqueño es vital en todo este proceso:

Eran hombres humildes, desconocidos y sin formación académica, la gran mayoría de ellos provenientes de la provincia. Comenzaron su accionar en las actividades de explotación aurífera en las diferentes

regiones mineras de Antioquia. Instalados en Medellín, fundamentalmente a partir de los años cuarenta, invirtieron las ganancias de la actividad minera en el comercio de bienes y productos traídos primero de Jamaica, y después de los años cuarenta, directamente de Europa; se constituyeron en el grupo dominante, una pequeña burguesía que se fue ampliando y consolidando con el paso de los años hasta imponer sus deseos y aspiraciones, es decir, su particular forma de ver el mundo. En este periodo acumularon el capital suficiente para el posterior desarrollo de la actividad cafetera y de la incipiente industrialización entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX³.



Eduardo Vásquez y familia. Medellín, 1913, Benjamín de la Calle, Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

³ *Ibíd.*, p. 27.

Eduardo Vásquez fue uno de los empresarios más importantes de Medellín a finales del siglo XIX y principios del XX. Era primo de la familia Gutiérrez Mejía y en compañía de Antonio José Gutiérrez fundó en 1901 la Cervecería Antioqueña. También fue fundador del Banco de Antioquia en 1872, de la Compañía Minera de Occidente en 1874, de la Compañía Antioqueña de Tejidos en 1903, de calzado Rey Sol, de la Sociedad Agrícola del Sinú, entre otras.

En las últimas décadas del siglo XIX, entonces, nace una clase empresarial a través del activo comercio interno y externo fomentado por el oro y el café, lo que les permite dominar rápidamente no solo el espacio económico de Medellín y Antioquia, sino también el político mediante la centralización de la producción agrícola, ganadera y minera de varias regiones. Esta nueva clase empresarial, además de convertir a la ciudad en la bolsa minera, también la erige en la bolsa agropecuaria y en el centro de acopio y redistribución de productos como el café y la panela del suroeste, el ganado del Cauca antioqueño y la Costa Atlántica, el cacao del sur y otras regiones, el azúcar del valle de Aburrá y el maíz y el frijol de Fredonia y Rionegro. El desarrollo de la industria cafetera presenta uno de los desarrollos más inusitados, pues durante gran parte del siglo XIX la participación del Aburrá en la producción era casi inexistente.

Sin embargo, entre 1892 y 1896 comenzaron a formarse haciendas que ante el éxito y las ganancias del cultivo entraron en el negocio. El crecimiento económico del café marca así un importante hecho, que representa una nueva forma de organización social y, a la vez, una nueva organización productiva en el sector rural y urbano (Bejarano, 1988, p. 177). De este modo logra convertirse en un núcleo de expansión del mercado interno, no solo por el significado que tiene dentro de la economía de las parcelas, sino porque constituye una red de consumidores urbanos, que fortalece el comercio y el transporte interregional y tiene efectos en la ampliación y diversificación del mercado:

Con la aparición del café, la ciudad cobró una importancia significativa permitiendo la inserción del país en la economía mundial. Años antes del estallido de la guerra civil de 1899, cuando conservadores y liberales disputaron a muerte el control del país, los antioqueños comenzaron a incrementar los cultivos del café. La venta del producto

provocó cierta acumulación de capital a la vez que la experiencia comercial incentivó el espíritu empresarial, lo cual permitió el desarrollo de una estrategia que consistió en la diversificación de inversiones y sobre la que se estableció el proceso de industrialización, y tras éste, vinieron cambios drásticos en la estructura social, poblacional y espacial de Medellín⁴.

El desarrollo de la industria cafetera a partir de las últimas décadas del siglo XIX propicia, por decirlo de alguna manera, una pequeña revolución industrial con el montaje de varias trilladoras, primero en Fredonia y luego en Medellín. No existen registros precisos sobre las trilladoras de la ciudad debido a la dispersión y tamaño reducido, pero se calcula que para la década del noventa del siglo XIX y principios del XX se empleaban entre 1.000 y 1.500 personas en la entresaca, pulimento y clasificación de los granos de café para la exportación. Los comerciantes de café, entre los que cabría mencionar a Eduardo Vásquez Jaramillo, José María Jaramillo Zapara y Mariano Ospina Rodríguez, promovieron tanto el cultivo del café a gran escala en otras regiones de Antioquia como la vinculación de la ciudad al comercio internacional, situando este producto en los mercados de Estados Unidos y de Europa.

Hacia 1895, junto al cultivo y comercialización del café, en la ciudad se crean cerca de 200 sociedades comerciales de diversa factura. El espíritu asociativo, fundamentado en los lazos familiares, prima en el momento de crear empresas o compañías comerciales. Restrepo y Cía., Sociedad Félix y Recaredo de Villa, Callejas y Cía., Botero Arango e Hijos, Chávez Vásquez y Cía., Echeverry Botero y Cía., Alejo Santamaría e Hijos, etc., fueron algunas de las firmas más poderosas de Medellín. A finales del siglo XIX también operaban en la ciudad la Locería de Caldas (desde 1881), tres o cuatro fundiciones, la Chocolatería Nacional, la Tipografía Bedout (desde 1887), otras tres imprentas, tres o cuatro telares manuales, varios talleres que fabricaban máquinas de café y minería, la Cervecería Restrepo, dos pequeñas curtiembres, tres cigarrerías, dos manufacturas de velas a sebo, una jabonería rudimentaria, algunos tejares y ladrilleras, y varias ebanisterías, floristerías,

⁴ Gómez Lopera, Juan Carlos. "Del olvido a la modernidad: Medellín (Colombia) en los inicios de la transformación urbana, 1890-1930". En: *Lecturas de Economía*, 39, 13-57.

sastrerías, talabarterías, trapiches paneleros y zapaterías. Muchos de los gerentes o socios de estas empresas figuraban, curiosamente, en la lista de gobernantes regionales o nacionales, lo cual ilustra no solo los vínculos indisolubles entre economía y gobierno, sino también el gran interés de los comerciantes por controlar la política local, orientada al mantenimiento de la paz y la tranquilidad en el ambiente de guerra interna propio de la república durante el siglo XIX. No obstante la importancia de otros sectores en la economía de la ciudad, el café fue, desde las últimas décadas del siglo XIX, eje articulador de gran parte de la actividad económica:


El café se comenzó a plantar desde 1861, se montaron las primeras despulpadoras y trilladoras en 1883, y en los mismos años ochenta comenzaron las primeras exportaciones, aprovechando los tramos de ferrocarril ya construidos. Con la trilla y exportación a los mercados de Estados Unidos y Europa se inició la era de la industria cafetera y de los agricultores empresarios, culpables de una gran transformación territorial, cultural y urbana (...) Entre el desarrollo minero, agrícola y vial, se logró la acumulación de capital, la creación de un mercado interno y la inserción al capitalismo mundial, pero mientras la industrialización fue producto de la acumulación de capital mediante el comercio, la industria minera y en menor grado el café, después de los años ochenta, la acumulación de gran parte del capital y la creación del mercado interno pertenecen a la era del café⁵.

Que Medellín haya podido, a pesar de su carácter secundario y periférico, convertirse en una ciudad moderna responde al interés que los impulsores del desarrollo urbano tenían en ello. De acuerdo con la ideología burguesa que para entonces predominaba en Latinoamérica, políticos como Carlos E. Restrepo y Pedro Nel Ospina, así como otros personajes que no tuvieron participación política directa, como Carlos Coroliano Amador, Ricardo Olano, José María Sierra y Heliodoro Medina, entre otros, impulsieron la idea de que el progreso urbano dependía del apoyo de la clase alta, por lo que llamaron incesablemente al “progreso” y a la “civilización” (Melo, 2004, p. 1). Desde esta perspectiva

⁵ González Escobar, op. cit., pp. 61-62.

no sorprende que sean precisamente los comerciantes los que hayan asumido la bandera del progreso como un imperativo no solo económico, sino social y moral. La actividad comercial, en opinión de María Teresa Uribe, marca el *ethos* sociocultural y los referentes colectivos de identidad. En efecto, la importancia social del comercio está dada por la capacidad de articular múltiples actividades que desbordan lo económico hacia la religión, la moral o la política. Teniendo como centro de operaciones a Medellín, esta nueva elite se propuso alcanzar el progreso y la civilización, así que dieron continuidad o relanzaron los planteamientos de los ilustrados y se apoyaron no solo en su ideario, sino en las cualidades del trabajo y en el afán de riqueza de la población, un rasgo del carácter de los antioqueños que ya afloraba en el segundo cuarto del siglo XIX.

Renovación de la morfología urbana



En las últimas décadas de finales del siglo XIX y principios del XX, la ciudad evoluciona siguiendo un proceso de modernización tradicional. Es decir, Medellín vive una acelerada transformación económica y tecnológica que avanza irregularmente en los ámbitos político, social, cultural y urbano. Los cambios notables en diversas áreas responden, por un lado, a los nuevos requerimientos que exige la ganada centralidad funcional, económica, política, educativa, administrativa y aun técnica y tecnológica, pero no es menos cierto que la ciudad no avanzaba tanto como se pretendía. Cuando se estabiliza la situación política tras la guerra civil de los años 1859 y 1863, se promulga la Constitución federal de Rionegro y llega al poder Pedro Justo Berrío, se presenta un momento que sienta las bases para la ejecución de obras que favorezcan el crecimiento de la ciudad. En efecto, con la ayuda de la clase empresarial, los políticos de la ciudad llevaron a cabo obras encauzadas al mejoramiento urbano, que incluían el saneamiento, la rectificación de calles, la construcción de nuevas edificaciones, la expansión urbana sobre áreas con mejores posibilidades y un proceso de reedificación⁶. La imagen de desaseo cambia completamente por una

⁶ Esto ocurrió en los cuatro puntos cardinales, pero basta para ejemplificar el caso del puente sobre la quebrada La Palencia, que formaba parte del proyecto de ampliación del denominado camellón de Ayacucho o de Buenos Aires (carretera del oriente), el cual se empezó a construir en 1873 y se entregó en octubre de 1875. Con esta obra no solo se daba una mejor conexión vial hacia el oriente, camino a Rionegro, sino que se vincularon de mejor manera los terrenos a lo largo de este camellón, que pronto fueron demarcados, loteados y urbanizados para formar el barrio Buenos Aires, entre la calle Nariño y la Puerta Inglesa. Resaltamos este dato como importante porque la construcción de Buenos Aires coincide con la fundación de la Hacienda San José, esto es, con lo que hoy denominamos Campos de Gutiérrez.



Trayecto de la quebrada Santa Elena, Medellín, fecha sin precisar, Pastor Restrepo, Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

de orden y limpieza. Esto incluye la desecación de áreas pantanosas, la eliminación de los focos de contaminación interna, el mejoramiento de las calles, y la construcción de albañales y acueductos para disponer de agua potable.

El año 1848 marca el inicio de este saneamiento urbano de una forma radical: no solo se ordena el mejoramiento y ensanchamiento del acueducto, sino que también se cambia la toma de agua de la quebrada Santa Elena, como se había hecho desde la Colonia, para los arroyos de Las Piedras y Aguas Claras, que nacían en el cerro Pan de Azúcar. Posteriormente se construye una nueva pila en la plaza mayor, que sustituyó la vieja pila colonial, y entre 1855 y 1856, un acueducto desde La Ladera hasta el marco de la villa que suministra un mayor caudal de agua corriente⁷.

⁷ González Escobar, op. cit., p. 45.

En la década de 1930 se cubrió la quebrada Santa Elena y se convirtió en lo que hoy se conoce como avenida La Playa.

La transformación de símbolos y signos es más evidente en el cambio de los nombres de las calles: en un principio ligados a las vivencias de la gente, a los rituales religiosos, a los sucesos cotidianos, a la topografía del lugar a su paisaje o nombres de árboles: (el Chumbimbo, esquina del Ciprés, El Guanábano, El Llano, El Resbalón, calle de la Amargura), fueron cambiados por nombres de batallas memorables o de héroes patrios, ciudades o países:

El mejoramiento urbano incluyó las calles, pues las principales fueron empedradas y las nuevas que se abrieron mejoraron su alineamiento (...) Las calles constitutivas de la trama urbana cambiaron en los años cuarenta su denominación para ser compatibles con la idea republicana de la clase dirigente, que renombró las mismas dejando atrás los nombres tradicionales por toponimias que recordaban momentos épicos de las luchas independentistas; así la Calle Real pasó a ser la de Boyacá, Camino del Monte, en Bolívar, San Roque, en Palacé, La Amargura, en Ayacucho, La Carrera o Guanteros, en Maturín, El Resbalón, en Junín, El Sauce, en Pichincha, El Prado, en Carabobo. Con los años, las nuevas calles tomaron el nombre de los países bolivarianos (Perú, Bolivia), sus capitales (Caracas), y nombres de diferentes próceres nacionales o regionales⁸.

En el urbanismo también se presenta un fenómeno de gran trascendencia: los cambios en el uso de la plaza transformada en parque y la construcción de plazas de mercado modernas, tales como la Plaza de Flórez, inaugurada en 1892, y, luego, la Plaza Cubierta de Guayaquil. Se realiza así la sustitución de la Plaza Mayor, algunos días utilizada como plaza de mercado con sus toldos, por el Parque Berrío a partir de 1895, que asume una función de representación y ostentación del poder político y religioso, y, al mismo tiempo, de lugar de festejo, recreación o reunión pública. Con la construcción de la nueva Plaza de Guayaquil se edifican la famosa Estación Medellín (inaugurada en 1914) y la Plaza de Cisneros, lugar privilegiado para las grandes manifestaciones políticas en los años treinta. La de Guayaquil constituye, junto a la estación del

⁸ *Ibíd.*, pp. 45-46.

ferrocarril, iniciada en 1913, un verdadero puerto seco sobre el cual gravita el mercado de todo tipo de comercios y transacciones, además de la vida nocturna. Para la construcción de la plaza es contratado el arquitecto francés Charles Carré, quien llega a la ciudad con el objeto de reformar los planos iniciales y de construir la Catedral de Villanueva, fabricada en ladrillo a la vista, a finales del siglo XIX:

Carré fue contratado por el obispo Bernardo Herrera Restrepo y por la rica familia Amador Uribe para diseñar y edificar la nueva catedral episcopal y varios edificios comerciales residenciales que se tenían proyectados para diferentes lugares de la ciudad, sobre todo en el nuevo barrio de Guayaquil (...) La construcción entre 1889 y 1931 implicó montaje de tejas y canteras a causa de las grandes proporciones de la obra: 46 m de altura y más de 5000 m² de área. Es la mayor iglesia del mundo totalmente construida en ladrillo cocido y la séptima de acuerdo con su área. De estilo románico, la calidad arquitectónica de la catedral permite catalogarla, junto con el Capitolio Nacional, como el edificio más importante de siglo XIX en Colombia⁹.

A partir de Carré no solo van a aumentar las construcciones de ladrillo en grandes edificios, sino la morfología urbana de la ciudad en general. Los edificios Duque, Banco de Colombia, Gutiérrez Echavarría, Banco Republicano, Hernández, Zea y Británico, hechos con ladrillo y cemento (actualmente todos demolidos), le cambiaron la fisonomía colonial y pueblerina a Medellín por una imagen coherente con los cambios provocados por la industrialización. No es casual, por ejemplo, que los nombres de los edificios construidos por el arquitecto Enrique Olarte sean los apellidos de los principales negociantes y empresarios de la época que sacaron adelante grandes proyectos industriales¹⁰. El Olarte y el Henry, edificios para oficinas construidos en concreto, fueron dos hitos a principios del siglo XX al introducir las más

⁹ Molina Londoño, Luis Fernando. "Arquitectura del valle de Aburrá". En: Jorge Orlando Melo (ed.). *Historia de Medellín*, tomo II. Medellín: Suramericana de Seguros, 1995, p. 627.

¹⁰ El arquitecto Olarte también construye cerca de cuarenta casas y villas campestres en el paseo La Playa y en el sector de El Poblado (casi todas demolidas) a numerosos empresarios y comerciantes de la ciudad

modernas formas, técnicas y materiales norteamericanos, así como el empleo de ascensores. El edificio Henry (1923), diseñado por Olarte en asocio con Guillermo Herrera Carrizosa, marca el viraje hacia una arquitectura más funcionalista, de acuerdo con modelos implementados por las pragmáticas escuelas de los Estados Unidos¹¹.

La morfología urbana también se ve profundamente transformada por la construcción de vías de comunicación y, por tanto, de nuevos medios de transporte. Ya fuera a través de los carreteros, los tranvías (de mula y eléctrico) intraurbano o intrarregional, el ferrocarril o las carreteras de los años veinte, la fisonomía de Medellín cambia sustancialmente. La construcción de los carreteros, emprendida desde 1871, se constituye en una iniciativa vital para el crecimiento urbano. Aunque el propósito primigenio era lograr la conexión del río Magdalena con



Tranvía, 1916, Gabriel Carvajal Pérez, Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

¹¹ *Ibíd.*, p. 629.

el río Cauca (lo cual solo se alcanzó con el ferrocarril varios decenios después), los carreteros permitieron la integración del Valle de Aburrá, desde Barbosa hasta Caldas en sentido norte-sur. Según el historiador Luis Fernando González Escobar, el proceso de expansión urbana que propician los carreteros posibilita el saneamiento de las áreas inmediatas, el control del desbordamiento de las quebradas y ríos, y la construcción de puentes que permiten ampliar la frontera urbana hacia las áreas potencialmente urbanizables¹².

Sistema de transporte de tracción eléctrica puesto al servicio en octubre de 1921; estaba compuesto por 11 líneas urbanas y suburbanas, y funcionó hasta 1951. Se observa uno de los carros del tranvía sobre la calle Palacé.

No obstante la importancia que revisten los carreteros, son precisamente el ferrocarril y el tranvía eléctrico los medios de transporte que más contribuyen a la incorporación de nuevas tierras a la urbanización, tanto en los alrededores de las estaciones como en las proximidades o a lo largo del trazado. Así, por ejemplo, con el trazado del tranvía muchos barrios, antes de ser oficializados como tales, fueron integrados a partir de la creación de las rutas: la línea Buenos Aires en su totalidad, en diciembre de 1921; la línea del Bosque (después llamada Aranjuez) hasta el Cementerio de San Pedro en noviembre de 1921 y El Bermejil (Moravia) en julio de 1922, posteriormente extendida hasta el parque de Aranjuez; la línea Sucre, en marzo de 1922; las líneas de Robledo y El Poblado en octubre y noviembre de 1924, respectivamente; la línea de Belén en 1926; la línea de la Plaza de Cisneros a Manrique, en su totalidad, en 1928, de la Plaza de Cisneros hasta la Estación Villa en 1928; y una extensión de El Poblado a Envigado en 1929.

De este modo, los medios de transporte, especialmente el ferrocarril y el tranvía, se convirtieron en un elemento de inclusión social, territorial y urbana, que fue aprovechado por los urbanizadores para hacer nuevos proyectos o para promocionar los que ya venían desarrollando y darles un nuevo aire e impulso. No se trata solamente de un negocio redondo para explotadores de la renta del suelo urbano, sino de una posibilidad de acceso al progreso y a la movilidad urbana¹³.

¹² González Escobar, Luis Fernando. *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad: crecimiento y modelos urbanos, 1775-1932*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, p. 77.

¹³ *Ibíd.*, p. 82.

Cambios en la morfología cotidiana

Los cambios de fisonomía que acreditan el tránsito de pueblo a ciudad no se expresan en la materialidad física de su arquitectura o en su urbanismo, tampoco en las incorporaciones técnicas o tecnológicas, en la higiene urbana o en la decoración de las viviendas, en su amoblamiento u ornato, sino en las prácticas y rituales social-urbanos, en las modas, las ideas, los modos de comportamiento, en la recepción de patrones, normas, hábitos o costumbres. Dicho en otros términos, el cambio se expresa, ante todo, en un escenario urbano más activo y dinámico en relación con la moda, el teatro, la música, el tiempo libre, etc. Es así como las tiendas, por ejemplo, se convierten en casas comerciales, las calles monacales en pequeños paseos, los charcos dan paso a las casas de baños públicos, y el billar y la gallería dominical, como lugares de entretenimiento, ceden el espacio al teatro, las zarzuelas y las óperas¹⁴.

No basta registrar los cambios de la forma materiales de la ciudad; es necesario destacar los más cotidianos, incluso los más intangibles e individuales: en la forma de hablar, vestirse, alimentarse, comportarse en la calle y en el espacio público en general, para, ahora sí, analizar cómo se expresan los nuevos comportamientos en la materialidad urbana y arquitectónica.

En efecto, es justamente en el ámbito público donde este cambio se ilustra paradigmáticamente. Las calles, de un modo bastante peculiar, no asumen un sentido solo funcional, sino estético. Además de

¹⁴ *Ibíd.*, p. 54.

viaductos para el transporte de carga y de equipajes, o de simples espacios para las entradas militares del siglo XIX, los desfiles patrióticos e incluso los asaltos, las calles son lugares de exhibición “estética” de la ropa de moda, ya sea a pie o en el carruaje. Sin embargo, las calles también ven llegar un nuevo personaje urbano: el deportista, y, a través de este, el cuidado del cuerpo. Casi todos los deportes que se practican en la ciudad llegan por ultramar alrededor de 1910, traídos por extranjeros o jóvenes prestantes educados en el exterior. No sorprende, precisamente, que el deporte sea una expresión de estatus y que los primeros equipos de fútbol estuvieran integrados por distinguidos extranjeros, comerciantes, militares, oficiales, ingenieros y jóvenes de la alta sociedad medellinense. Como actividad recreativa, el deporte invade el recinto urbano con los nuevos requerimientos espaciales. Se manifiesta primero con asociaciones espontáneas y con la improvisación de escenarios, pero a principios del siglo XX se institucionalizan actividades deportivas de los clubes, equipos, ligas, etcétera, que condujeron a su formalización social y urbana, y se construyen escenarios deportivos dentro de los espacios urbanos.

Paralelamente a estos, aparece en la ciudad toda una gama de espacios para la diversión, nuevos escenarios para el ocio, la exhibición, la ostentación, la rivalidad, la diferenciación y la gestualidad. Durante el siglo XIX y principios del XX, el ocio transcurre en tertulias, boticas, sastrerías, peluquerías, esquinas, plazas o atrios de iglesias, antes de que aparecieran los cafés, los bares y cantinas como lugares predilectos para la conversación. Sin embargo, hacia 1909 surgen nuevos

escenarios con otro tipo de diversiones y espectáculos donde llevar y lucir lo que se tiene:

En 1909 una sociedad compuesta por varias personas (Daniel Bote-ro, Enrique Echavarría y Udislao Vásquez) emprendieron la construcción del Circo España en la calle Caracas con Girardot, el cual tenía capacidad de 4000 personas para presenciar toros y 6000 para otros espectáculos. Al circo asistían todas las clases sociales. Por su forma circular, cuando presenciaban cine los que quedaban atrás pagaban menos y a través de un espejo veían la película al revés. Fueron múltiples los teatros inaugurados en tan solo dos décadas: en 1919 se inauguró el Teatro Bolívar que, remodelado, reemplazó al Teatro Municipal; en 1920 se conformó el Grupo Escénico de Medellín, en el que participaban distinguidas señoritas de Medellín; en 1924 se inauguró el Teatro Junín con 4000 silleteras. El teatro, además de la diversión que proporcionaba, era también el lugar para la exhibición y la ostentación. La élite asistía con sus mejores galas: el señor vestido de etiqueta, con smoking impecable; la mujer con los brazos enguantados, vestido largo y sus mejores joyas¹⁵.

Así pues, a finales del siglo XIX surgen los distinguidos clubes sociales, formados desde 1880 como una posibilidad para ocupar el tiempo libre, propiciar un ocio reputado y fomentar el arte y la cultura entre la burguesía en ascenso. Estos clubes organizan fiestas de disfraces y bailes elegantes, cabalgatas y paseos, exposiciones artísticas y conferencias, serenatas y conciertos. Algunos tienen una insignia distintiva para sus socios: el Club de La Concordia, una saeta de plata en la solapa; el Club La Varita, un bastón delgado traído de Europa, y para el teatro y las reuniones sociales sus socios deben asistir de rigurosa levita y un áncora de plata en la solapa; el Club La Mata de Mora, un círculo de oro con un mata en la solapa; el Club de Los 13, un número de 13 diamantes prendido en la corbata; y, finalmente, el Club El Palito, un pasador con una barrita de oro en la corbata o solapa.

Al mismo tiempo surge un inusitado interés por la hípica. El caballo, además de medio de locomoción, era una de las aficiones más arraigadas

¹⁵ Reyes Cárdenas, Catalina. "Vida social y cotidiana en Medellín, 1890-1940". En: Jorge Orlando Melo (ed.). *Historia de Medellín*, tomo II. Medellín: Suramericana de Seguros, 1995, p. 445.

en algunos grupos sociales de clase media y alta, cuyos miembros, al finalizar la tarde, acostumbraban realizar animadas cabalgatas, a las que muchos asistían elegantemente vestidos. El gusto por los caballos permite que la ciudad cuente desde principios del siglo XX con un hipódromo. En el frontón de Jai-Alai, situado en la calle San Juan, se realizaban las competencias.

En 1905 se inauguró un nuevo hipódromo en La Floresta y en 1915, el del Bosque de la Independencia, que contaba con dos pequeñas pistas. Sin embargo, los más importantes fueron el Hipódromo Municipal, construido en el sector de San Joaquín, el Hipódromo San Fernando en Guayabal y el Club Hípico, en el que semanalmente se realizaban carreras. Era frecuente, además, que los hombres asistieran vestidos de pantalón de fantasía, *smoking* gris o negro y sombrero de copa, mientras las mujeres concurrían con elegantes vestidos y llamativos sombreros¹⁶.



Circo España, Medellín, 1910, Gonzalo Escovar, Archivo fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 446.

Situado en la parte baja del barrio Boston, abrió sus puertas al público en 1909 y fue uno de los lugares más populares para la recreación y el esparcimiento de la época. Además del circo, tenía un coliseo taurino, cine y sala de conciertos.

En comparación con otras ciudades del país, Medellín experimentaba cambios notables a principios del siglo XX, que, como ya se dijo, transformaron su fisonomía y sus hábitos. No solo aumentó la población de la ciudad (37.237 habitantes en 1883 a 168.266 en 1938), sino que su aspecto físico, su equipamiento urbano y su ritmo de vida se transformaron. La ciudad sufrió, como muchas otras de Colombia, un proceso de modernización económica relacionado con la vinculación al mercado internacional. La actividad de Medellín como centro comercial, sus numerosos negocios de exportación y trilla de café y su acelerada industrialización hacen que este proceso sea significativo dentro del contexto nacional. Su éxito económico dinamizó y volvió más compleja a la sociedad local; además, la especialización y la diferenciación de oficios aumentaron, la élite se consolidó económicamente y la clase media, antes casi inexistente, cobró importancia. De ella empezaron a formar parte la burocracia local, los policías, los maestros, los administradores y los empleados de almacenes, los tenderos y otros más. Los capitalistas, como se llamaba en esta época a los grupos de élite, hasta la década de los años cuarenta no llegaban a representar más del 4 % de la población local. Estos ejercían diversas actividades: algunos eran propietarios de fincas o minas, otros se dedicaban a la exportación de café y una buena parte a actividades comerciales¹⁷; practicaban el ahorro para mejorar su nivel de vida, y su afán por culturizarse los hizo consumidores de periódicos, revistas y libros que circulaban durante los primeros 30 años del siglo XX. Ahora bien, como cualquier proceso modernizador, el que se produjo en la ciudad tuvo numerosas sombras. La acelerada transformación económica de la ciudad no redundó, paradójicamente, en la consolidación de una sociedad liberal en lo político, social y cultural. La Iglesia ejerció un poder social notable en todos los ámbitos y dejó poco espacio para el librepensamiento. La llegada de varias comunidades religiosas masculinas y femeninas procedentes de España (hermanas de La Presentación, hermanos salesianos, Compañía de María) y, sobre todo, la fuerte presencia de los jesuitas garantizaban instituciones educativas, asociaciones cristianas

¹⁷ *Ibid.*, p. 427.

y prácticas cotidianas que convirtieron a Medellín en una de las ciudades más católica de Colombia:


Entre 1850 y 1930 se establecieron en el país 15 comunidades religiosas masculinas y 29 femeninas. En ese periodo se radicaron en Antioquia ocho comunidades masculinas y 20 femeninas. Las mayor parte inició actividades durante el segundo y tercer decenios del siglo XX. Casi todas eran extranjeras, provenientes de España, Italia y Francia. Una de las comunidades masculinas y cuatro de las femeninas fueron fundadas en Antioquia, una de estas en Medellín: la Congregación de las Siervas del Santísimo y de la Caridad, establecida en 1903 por iniciativa de María de Jesús Upegui Moreno, con fines caritativos. Gran parte de las comunidades religiosas de ambos sexos activas en Antioquia se instalaron en Medellín y repartieron su tiempo, las masculinas entre el trabajo parroquial y la enseñanza, y las femeninas entre la educación y la caridad¹⁸.

El rosario en familia, el culto al Sagrado Corazón de Jesús y los ejercicios espirituales refuerzan el ambiente religioso, los mecanismos de control y el reconocimiento social de todos los que se mantienen dentro de las normas de la moral religiosa. No obstante los esfuerzos de la Iglesia por mantener un férreo control social, el modelo de sociedad católica tenía serias fisuras. El alto consumo de alcohol, la proliferación de bares y cantinas, el alto número de prostitutas¹⁹, la pasión por el juego, los vagos y los mendigos que deambulaban por la ciudad, la acogida de prácticas esotéricas como el espiritismo y la simpatía por la masonería en sectores intelectuales y liberales son muestra de la resistencia al modelo católico autoritario. La influencia de nuevas ideas, las actividades y la libertad que permiten la vida urbana, las lecturas, el teatro, el cine, los deportes, las cantinas, las modas y los bailes son los signos de modernidad que los virulentos ataques de los cristianos no pudieron contener.

¹⁸ Londoño, Patricia. "Religión, iglesia y sociedad, 1880-1930". En: Jorge Orlando Melo (ed.). *Historia de Medellín*, tomo II. Medellín: Suramericana de Seguros, 1995, p. 415.

¹⁹ Los burdeles no solo eran teatros del placer, sino también espacios libres que se convirtieron en los sitios de reunión de estudiantes, bohemios, artistas e intelectuales. En la década del 40 varias mujeres públicas se hicieron famosas por su generosidad y amistad con hombres de distintos círculos de la ciudad. Ese fue el caso de la célebre María Duque, inmortalizada en la obra de Fernando Botero, de la Mona Plato, quien gozaba de gran aprecio entre los estudiantes, o de Ana Molina, quien combinaba sus atractivos sexuales con inteligentes consejos.

Tipología arquitectónica de las haciendas cafeteras



Las haciendas cafeteras que surgen en la villa del Aburrá a mediados del siglo XIX crean no solo un proceso productivo y económico, sino también una dinámica ética, estética y arquitectónica. La arquitectura y la estética como aspectos fundamentales de la cultura reinterpretaron varias tradiciones, entre ellas, por ejemplo, el eclecticismo republicano, y produjeron una peculiar arquitectura regional urbana que adoptó su aspecto formal de la herencia española y un aspecto constructivo de la tradición indígena, tradiciones arquitectónicas que eran vistas en otros sectores urbanos del país con desdén. Es importante anotar que esta arquitectura no es obra de ningún arquitecto profesional, sino de algunos maestros constructores, quienes sabían representar el carácter de la región y dotar a la ciudad y los pueblos de Antioquia de una tipología arquitectónica que respondía a las necesidades sociales de la época.

Los cambios que sufrió la economía cafetera a finales del siglo XIX impusieron una nueva concepción de los espacios y una nueva expresión conceptual y formal. Al construir en laderas y en terrenos desnivelados, el constructor debía necesariamente encontrar una solución. Así, la topografía, el clima, los materiales regionales y el paisaje circundante se convirtieron en elementos acogidos y, a través de ellos, se dio una acertada respuesta arquitectónica a las edificaciones y muy especialmente a la hacienda cafetera²⁰. No es gratuito que las haciendas se fundaran precisamente en las pendientes de las montañas, por lo general a partir de las fondas de los arrieros de mulas, quienes eran

²⁰ Tobón Botero, Néstor. "El legado arquitectónico de la colonización antioqueña". En: *Contexto histórico de la arquitectura en Colombia*. Instituto de Investigaciones Estéticas-Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia, 1985, p. 66.



Hacienda y trilladora de Café, Medellín, 1899, Fotografía Rodríguez, Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto. Instalaciones y trabajadores de la Trilladora de Café Luis María Toro & Cía., localizada en el barrio Robledo; es considerada la primera trilladora de la ciudad.

de gran importancia en el comercio de la región. Sobre este terreno inclinado adaptaron sus edificaciones y lograron una conjunción de volúmenes de gran armonía plástica y ambiental:

El juego de llenos y vacíos se repite sistemáticamente en el contexto urbano: dichos vacíos acogen una gama infinita de diseños en portones, ventanas y balcones, ejecutados en madera y algunas veces en hierro forjado. Tales elementos arquitectónicos proporcionan variabilidad y movimiento a la fachada de las edificaciones y extraordinaria belleza en los conjuntos urbanos en su totalidad. Los trabajos ejecutados en madera, los calados y las tallas son verdaderas obras maestras de la artesanía regional y ponen de presente la riqueza imaginativa y creatividad de los artesanos y maestros constructores²¹.

²¹ *Ibíd.*, p. 67.

Dada la gran dificultad de importar tecnología, los oficiales de construcción resolvían las dificultades con los materiales locales. Los techos de teja de barro o paja, la tapia pisada, la madera y la guadua eran utilizados para crear una vivienda que, con el color tomado del medio natural (verde, rojo, naranja, azul), lograba una arquitectura de gran alcance estético. A través de la puerta y las ventanas, las haciendas lograban la comunicación entre colectividad e individualidad y entre familia y sociedad. También la hacienda se integraba al campo de trabajo por medio de espacios especializados: el secadero, la despulpadora, el lavadero y el depósito. En algunos lugares el techo podía abrirse para guardar el grano y ejercer una mayor vigilancia ²².

Las haciendas cafeteras se configuraron en torno a un principio ordenador que no solo respondía al clima imperante en la región, sino que también daba colorido, luminosidad y una apacible tranquilidad ambiental:

La idea básica partía de un patio, alrededor del cual giraba toda la casa a manera de L o de I, según la cantidad de dinero disponible para invertir en ella; el último caso respondía a viviendas, en su gran mayoría, de gentes de menores ingresos. A medida que los diferentes espacios construidos se alejaban del patio, se alcanzaba una mayor intimidad, la cual se acentuaba por la penumbra lograda con el mismo alejamiento. La secuencia de estos espacios de acuerdo con esta característica era la siguiente: patio corredor-alcobas; o patio-corredor-comedor; o patio-corredor-cocina. El patio funcionaba como el principal foco de luz para toda la casa. A la vez que era un sitio de encuentro, para los moradores y trabajadores de la casa, era también el lugar donde se reunía la producción y se despachaba al mercado²³.

La transición entre el patio y las distintas dependencias de la vivienda se lograba por medio de corredores y enchambrados, lo que proporcionaba total transparencia hacia el jardín. La ubicación de los diversos elementos de la hacienda se lograba en forma lineal y los espacios más representativos, como el salón y las alcobas, se localizaban en relación

²² Torres de Restrepo, Lucelly. "Colonización, café y arquitectura". En: Néstor Tobón Botero (ed.). *Arquitectura de la colonización antioqueña*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1985, p. 330.

²³ García Moreno, Beatriz. *De la casa patriarcal a la casa nuclear*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 1995, p. 38.

con el espacio exterior. Las alcobas rodeaban el corredor y en ellas transcurría la vida íntima de la familia. Todas estaban comunicadas interiormente por una puerta central entre cuarto y cuarto, generalmente velada por una cortina que no marcaba una división entre cada uno de ellos²⁴.

Es también importante anotar que como los cuartos estaban comunicados con puertas, solo una pared no estaba dividida por el vacío de estas, lo que condicionaba necesariamente la forma de amoblamiento, pues si el cuarto no tenía dimensiones muy grandes, era necesario poner las cabeceras de las camas recostadas contra esta pared entera, mientras escaparates (pues no había alacenas) y sillas ocupaban el resto de las paredes, lo cual daba una imagen bastante formal, que de alguna manera responde al comportamiento mismo de la familia, por cuanto no había casi ninguna movilidad en relación con el papel que cada quien desempeñaba ni con el lugar donde debía llevarse a cabo cada actividad ni con la manera de llevar a cabo cada actividad. Estas camas ubicadas hacia el centro del cuarto podían ser vistas por cualquiera y, por tanto, vigiladas, de acuerdo con las normas morales establecidas.

El comedor se encuentra ubicado hacia el interior de la hacienda, y muy al contrario de lo que podría pensarse, cumplía una función que va más allá de la ingestión de alimentos. Era un cuarto independiente, con un propósito específico y formal en relación con los demás espacios de la casa, con una alta jerarquización que reflejaba, explícita o implícitamente, a la familia patriarcal occidental. Sitio de la reunión familiar alrededor de la comida, lugar de la acción de gracias, altar donde se consumen los frutos del trabajo, donde los miembros de la familia se reconocen en su pequeña comunidad. En las haciendas cafeteras el comedor generalmente ocupa un lugar frente al patio, separado de él por el corredor. Se iluminaba y ventilaba a través de una amplia puerta de acceso y de ventanas que en muchas casas se abrían hacia la parte exterior. Cuando el esquema de la planta de la casa era una L, generalmente

²⁴ Esto permite el cuidado de la madre sobre las hijas pequeñas y el control del comportamiento sexual de hijos e hijas, los cuales ocupan diferentes cuartos de acuerdo al sexo, mientras los padres eligen uno desde donde su presencia sea un obstáculo para cualquier acción en contra de las normas establecidas. Este control va especialmente dirigido hacia las hijas, quienes deben conservar su virginidad hasta alcanzar el matrimonio. De ahí precisamente que ocupen los cuartos más presentables de la casa, los que dan la mejor imagen, pues es necesario que su soltería culmine en el matrimonio.



Hacienda cafetera en el valle del Aburrá, 1900, Ángel Hernández Hernández, Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

uno de sus lados estaba conformado por los cuartos y el otro por el comedor (y en algunos casos por la cocina), lo cual le daba un importante puesto y lo independizaba de las otras actividades.

Siguiendo al comedor, pero independiente de este o claramente separada de la casa, estaba la cocina. Allí se preparaban los alimentos al calor del fuego siempre encendido, y muchas veces también se comía. Era asimismo el sitio de reunión alrededor de la madre, del hogar. En las oscuras noches, mientras se sorbía un trago de aguapanela o de café, se traían a cuento las historias del pasado, de los antepasados, la propia historia, para formar entre todos un largo cuento, que tiene por escenario una vela encendida y un fogón ardiendo. Tenía, pues, la cocina un uso múltiple: allí se preparaba la comida, tarea exclusiva de la madre y de las mujeres de la casa, y también se reunían los demás miembros de la familia y los allegados. Además, no solo se cocinaban los alimentos para los miembros de la familia, sino también los alimentos para los trabajadores de la finca, que comían en la misma cocina o en largas mesas instaladas en el corredor.

En el exterior, de paredes encaladas, se suceden los llenos y vacíos. De estos emergen los elementos arquitectónicos como ventanas,

puertas y balcones, bien sean esquineros o corridos, y articuladamente proporcionaban un juego de volúmenes por medio del cual las luces, las sombras y el color aplicado a los elementos de madera enriquecían el conjunto arquitectónico en su totalidad. Dos sistemas constructivos fueron empleados: la tapia pisada y el bahareque. También se encuentra la combinación de ambos sistemas: la tapia pisada en el primer piso y el bahareque en el segundo. Las paredes eran empañetadas (mezcla de estiércol de caballo y tierra) y blanqueadas con cal para darle a la casa gran luminosidad. Las zonas duras de los patios eran de piedra y los corredores del primer piso tenían baldosas de cemento en las cuales sobresalían los diseños geométricos y la riqueza cromática. En la cubierta se empleaba teja de barro. La altura de las construcciones, que generalmente sobrepasaba los 3,20 metros de altura, el jardín central, los materiales empleados y la ventilación transversal controlada por medio de las puertas y ventanas permitían que las haciendas gozaran de un microclima ambiental en el cual las temperaturas extremas eran atenuadas de forma significativa.

Las haciendas cafeteras se articulaban en torno a un principio muy básico de diseño y encontraban sus principales diferencias en variables ligadas a las dimensiones del área construida, al tiempo invertido para la construcción y a la manera de vincularse al proceso de producción del café. Es frecuente encontrar algunas viviendas de dos pisos, pero en la mayoría de estas la vida de la familia se desarrollaba en el segundo piso; el de abajo estaba destinado a depósito de materiales o almacenamiento de grano. Algunas veces, sin embargo, la cocina y el comedor aparecían en la planta baja, especialmente cuando era necesario alimentar a muchos trabajadores en la finca.

Los espacios anteriormente descritos son típicos de las haciendas rurales construidas a finales del siglo XIX y principios del XX. Diferían en sus dimensiones, en el número de cuartos, en la calidad de los acabados, pero la concepción básica responde a lo ya descrito. Actualmente muchas haciendas conservan las características arquitectónicas anotadas, aunque muchas han sufrido pequeñas transformaciones que responden a cambios en el modo de vida de sus moradores o dueños, quienes necesariamente han recibido influencias de la cultura urbana dominante.

La pervivencia del pasado en el presente

“No solo he imaginado esos juegos, también he meditado sobre la casa. La casa es del tamaño del mundo, mejor dicho, es el mundo”.

La casa de Asterión, Jorge Luis Borges.

Son muy pocas las haciendas cafeteras que sobreviven en el valle de Aburrá. Algunas perecieron por las sucesivas crisis económicas desencadenadas no solo por las oleadas de violencia que sacudieron al país desde mediados del siglo XIX, sino también por las deudas hipotecarias, la inflación, las inversiones, los conflictos agrarios, las recurrentes crisis de precios y la aparición de otro tipo de explotación basada más en el trabajo familiar independiente. Una de las pocas haciendas que sobrevivieron fue la Casa Grande o la Hacienda San José, ubicada en la vereda Media Luna del corregimiento de Santa Elena. La casa fue construida en 1853 y habitada por el matrimonio formado por Juan Pablo Arango y María Josefa Santamaría. En 1901, José María Arango, uno de los hijos del matrimonio, vendió una considerable extensión de la finca Media Luna a Antonio José Gutiérrez y con dicha venta se dio inicio a la prolífica tradición familiar que habitó y habita aún la casa: desde Mercedes, Pepa, Nena, Eduardo, Carlos y Andrés Felipe. ¿Cómo se explica que una tradición familiar tan extensa haya conservado una hacienda cafetera, más teniendo en cuenta las múltiples dificultades sociopolíticas y familiares que padecieron? No existe quizás una explicación objetiva, pero si indagamos en un plano más personal y subjetivo, la pregunta pueda tener una respuesta. La hacienda se mantuvo siempre como una propiedad de los Gutiérrez debido a la convergencia de dos elementos de su carácter: por una parte, el montañero, poeta y tranquilo, que sabe gustar la vida y tiene el sentido de la honra y de los deberes; y, por otro, el elemento militar, nervioso, brioso, de visión certera, de mano segura, de sangre hidalga, de talante y de calzones



Fotografía del archivo privado de Campos de Gutiérrez del interior de una alcoba de la casa.

bien puestos en la cintura²⁵. A lo largo de casi una centuria de historia familiar, de época en época uno de los dos elementos ha predominado sobre el otro.

Este particular carácter, curiosamente muy antioqueño en su base, es lo que ha llevado a los Gutiérrez a sobreponerse a todo tipo de adversidades y a imprimirle la naturaleza múltiple y dinámica que la casa ha presentado desde que fue adquirida a finales del siglo XIX: la hacienda no solo desempeñó una función comercial y doméstica, sino que también fue casa de encuentros, iglesia, zona de juegos y, desde el 2011, residencia artística de carácter internacional bajo el nombre Campos de Gutiérrez. Desde finales del siglo XIX es, sin exagerar, el espacio representativo y simbólico de la vereda Media Luna en todos los niveles: familiar, social, económico, laboral, religioso, cultural y artístico. Las múltiples dinámicas de la casa reflejan una convergencia de valores

²⁵ Monzón Aguirre, Eduardo. Documento familiar sobre la genealogía familiar de los Gutiérrez.

culturales y relaciones sociales que determinan la manera como se superponen sus memorias e historias. En su historia, en efecto, están presentes las memorias de un pasado cafetero, laboral, religioso y cultural de una generación familiar que, tomando como epicentro a la hacienda, se ha expandido y desplegado por el mundo (desde Cuba y México hasta Estados Unidos y Corea del Sur), pero también las de una nueva generación de artistas contemporáneos que han hecho residencias en Campos y han llevado su recuerdo por Sudáfrica, Polonia, India, Canadá, Perú, Alemania, Argentina, España, Francia, Estados Unidos, entre otros.

La Hacienda Media Luna o San José

Si algo ha distinguido a los Gutiérrez, incluso a sus descendientes contemporáneos, es su condición nómada y viajera. Sus orígenes hay que buscarlos en diferentes lugares: Bogotá, Cuba, Miami, Yarumal, Ibagué. Resulta particularmente curioso que la historia de una de las haciendas cafeteras más emblemáticas de Medellín se encuentre ligada a muchas geografías. Así mismo, su procedencia genealógica tiene diversos puntos de partida.

Sin embargo, y para no remontarnos tanto en el tiempo, empezaremos con Miguel Gutiérrez de Lara, nacido en Bogotá presumiblemente a principios del siglo XVII dentro del matrimonio formado por Juan Gutiérrez de Lara y Victoria Pardo Velásquez. A mediados del mismo siglo Miguel Gutiérrez de Lara se trasladó al valle de Aburrá y se casó con Manuela de Torres, unión de la que nacieron Pablo, Miguel y Pedro. Pablo Gutiérrez de Lara, el primogénito, contrajo matrimonio el 30 de marzo de 1723 con Jacinta López de Sierra; de esta unión nació Antonio Gutiérrez de Lara Sierra, quien se casó con Juana María Robledo, y cuyo hogar dio a luz a Idelfonso Gutiérrez. A finales del siglo XVII, Idelfonso Gutiérrez contrajo matrimonio con María Dolores Tirado, y es entonces cuando aparece el que daría inicio a esta rica tradición familiar que se aglutinó en torno a la Hacienda San José: Jorge Gutiérrez de Lara.

Nació en 1805, estudió en Nuestra Señora del Rosario y Derecho en Bogotá. Se casó con Estanislao Sáenz Montoya, matrimonio al que asistió el general José María Córdova. La Casa Comercial Lorenzana, Mejía

y Montoya, cuyas principales oficinas estaban en Londres, lo nombró administrador de su sucursal en Jamaica. En la isla permaneció por espacio de 10 años y dedicó el tiempo que le dejaban sus obligaciones al estudio de la legislación, la historia y la filosofía inglesas. Al poseer un amplio capital económico regresó a Medellín en 1840 y se dedicó a los asuntos públicos y a la política. Asistió al Senado por Antioquia rondando apenas los 45 años. En 1849 fue representante al Congreso y en una memorable sesión de un 7 de marzo consignó su voto por el general José Hilario López. En 1865 emigró nuevamente a Bogotá y se desempeñó como procurador general de la nación, secretario de Hacienda y presidente de la Corte Suprema de Justicia, cargo que ocupó hasta el día de su muerte, el 21 de mayo de 1868.

Dejó un hijo, Pascual Gutiérrez, casado con Elena Vásquez Barrientos, hija de Julián Vásquez Calle y María Antonia Barrientos, prima hermana de Alejandro Barrientos, dueño de la Casa Barrientos. Los hijos del matrimonio Gutiérrez Vásquez fueron destacados hombres de negocios: Genaro y Pablo crearon en 1880 la Fundación Gutiérrez; Antonio José, junto a su primo Eduardo Vásquez, creó la Cervecería Antioqueña, convertida posteriormente en Cervecería Unión; y, por último, Jorge se dedicó a la producción cafetera y fue el dueño de una de las haciendas cafeteras más grandes y prolíficas del valle de Aburrá: la Hacienda Media Luna o San José. Allí se estableció con su esposa Genoveva Mejía, prima de Epifanio Mejía, con la cual contrajo nupcias en la parroquia de Yarumal el 8 de abril de 1891.

La Hacienda Media Luna fue adquirida realmente por Antonio José, pero en 1902 se la vendió a sus hermanos Pablo y Genaro, quienes le cedieron la propiedad a título de permuta a Jorge Gutiérrez Vásquez en 1908. La propiedad fue adquirida el 18 de septiembre de 1901 a raíz del negocio entre Antonio José y el señor José María Arango S.²⁶:

El señor José María Arango S. compareció ante Clodomiro Ramírez, Notario Segundo Interino del Circuito de Medellín y como testigos Luis Velásquez y Carlos A. Orozco para vender al señor Antonio José Gutiérrez "una finca territorial con sus edificios, plantaciones y demás

²⁶ José María Arango S. no fue realmente el primer dueño de la Hacienda San José. Su dueño inicial fue su padre, Juan Pablo Arango, tal y como queda claro en el documento expedido el 22 de octubre de 1894, y que reposa en los archivos de Campos de Gutiérrez.

mejoras y anexidades situadas en el paraje de Media Luna con los siguientes linderos:

Del Alto de las Sepulturas para abajo a linde con propiedad de Jesús María Arango por una línea de mojones de piedra, hasta caer a la quebrada o amagamiento del Guamo; éste abajo a caer a la quebrada Santa Lucía; ésta abajo deslindando propiedad de Camilo López y Benjamín Vásquez, hasta un cerco de chamba que cae por la margen izquierda, se toma este cerco para arriba, a linde con propiedad del señor Juan P. Arango B. en lo que se llama 'Loma de las mulas', hasta salir del camino de servidumbre, un poco abajo de la casa de tapias y paja que allí se encuentra, se atraviesa el camino a buscar el cerco, y por éste para abajo, a linde con dicho camino y con el señor Juan P. Arango B. a encontrar la puerta de golfe y tapias que da entrada a la finca y donde existe un cerco viejo de chamba y orallado que gira al Oriente, por este cerco lindando con José de la Paz Gómez hasta el amagamiento llamado 'Cañada azul' donde hay un cerco de cabuya y un mojón de piedra; de allí al camino viejo de Rionegro; se sigue por este hasta donde estaba en antiguo puente de Bocaná sobre la quebrada Santa Elena; esta arriba hasta donde cae a dicha quebrada el lindero del terreno de Emilia Arango de A.; de aquí a línea recta a la mitad de un morro o promontorio donde termina un filo arriba hasta un cerco viejo de chamba, por este, un poco al Occidente, hasta la chamba que baja por el filo del alto de Sepulturas; por esta arriba al alto primer lindero²⁷.

Con dificultades a cuestras (una deuda contraída con el banco para saldar un problema de unas aguas), Jorge Gutiérrez Vásquez se instaló en Media Luna e inició un intensivo proceso de siembra de café que convirtió a la hacienda en una de las más importantes de la región. En tal proceso necesitó la ayuda de una amplia y singular familia, seis hombres y cinco mujeres: Rafael, Ernesto, Camilo, Guillermo, Jorge, Arturo, Mercedes, Rosa, Elisa, María Josefa y Magdalena, quien nació en la Casa Barrientos y fue la única de las mujeres que contrajo matrimonio.

Especial, particular, original, peculiar, diferente o específica son algunos de los adjetivos con los que se podría calificar esta prole familiar.

²⁷ Documento notarial de 1901 que reposa en los archivos de Campos de Gutiérrez.



Jorge y Genoveva permanecieron en la casona hasta sus muertes, en los años 1942 y 1943, respectivamente. Foto del archivo privado de Campos de Gutiérrez.

Una sucinta mirada a algunos de sus miembros puede apoyar los adjetivos usados.

Ernesto, uno de los mayores, era un minero soñador que se embarcó en proyectos que no terminaron exitosamente. Vivió algún tiempo en el Tolima, junto a su esposa Inés Mejía, prima del importante artista Darío Mejía, y regresó a la Hacienda Media Luna tras una accidentada explotación de una mina de mármol en dicho departamento. Después de múltiples exploraciones descubrió una gran mina y se fue a Bogotá



Los hijos del matrimonio Gutiérrez Mejía; de izquierda a derecha: Mercedes, Pepa, Rosa, Rafael, Camilo, Nena, Ernesto, Guillermo, Jorge, Elisa y Arturo. Foto del archivo privado de Campos de Gutiérrez.

con el propósito de obtener los permisos respectivos y la maquinaria idónea, pero su capataz, aprovechando la ausencia, la redujo a polvo con dinamita.

Camilo fue un importante ejecutivo de la Casa de Moneda en Bogotá. Tenía un pasatiempo bastante particular: la confección de delgadas cuerdas a partir del cuero de las vacas. No practicaba este pasatiempo con un propósito comercial, sino por simple diversión.

Rafael se dedicaba a la ganadería y no solía usar zapatos, salvo en ceremonias religiosas. Andaba a caballo y tenía por costumbre cargar un machete bien afilado, un alicate para coger las tunas y un tarrito con agua y Domeboro para curar las heridas. Jorge trabajó con sus tíos Pablo y Genaro en la Fundición Gutiérrez y dirigió la fundición de oro en algunas de las minas del país. Guillermo, más conocido como el Chato Gutiérrez en Suramericana, fue un importante corredor de seguros que se movió con naturalidad por tres departamentos: Tolima, Huila y Cauca. Después de jubilarse retornó a la Hacienda Media Luna junto con su esposa y su hija Norma.

Mercedes era la autoridad moral de la familia. Tras las horas de casino y juego en el corredor occidental de la casa encabezaba el rosario

a las 6:30 de la tarde y prohibía cualquier actividad lúdica después de la oración. Josefa, o Pepa, era la administradora económica de la familia. Se encargaba no solo de pagar el salario a los recolectores de café, los mayordomos y las lavanderas, sino también de llevar a algunos de sus sobrinos a cine. Adicionalmente, tuvo la suerte de viajar en uno de los primeros vuelos de la Aerolínea Tarca entre Barranquilla y Panamá con el fin de acompañar a su tío Pablo a revisiones médicas. En sus últimos años sufrió una demencia bastante fantasiosa: soñaba con viajes a París, Egipto y África o con importantes comidas con figuras destacadas del mundo.

Rosa era una verdadera poeta que, al parecer, heredó las virtudes oratorias y literarias de su primo Epifanio Mejía. Solía regar y cultivar las plantas del segundo piso de la casa mientras recitaba poesías de alabanza a Dios y a la naturaleza.

Elisa era, como todos sus hermanos, un ser bastante peculiar porque andaba siempre vestida con una bata blanca que le bajaba hasta los pies y tenía por costumbre moler maíz para alimentar aves silvestres que rondaban la casa. También era bastante reservada, casi no hablaba y gozaba espantando a los niños con su voz grave.

Y, por último, Magdalena, una hacendosa mujer que se desposó con René Echeverri Moreno, unión de la que surgieron los hijos José, Jorge, Mario, Nury y Marta. Esta última es, sin duda, de vital importancia, pues con ella y su descendencia se inicia una transformación importante en la Hacienda San José.

Tras la muerte de Jorge Gutiérrez Vásquez y Genoveva Mejía en 1942 y 1943, respectivamente, sus hijos comenzaron un proceso de sucesión para determinar el destino de las titularidades y relaciones jurídicas tanto activas como pasivas de su padre. Así lo evidencia un documento expedido el 14 de julio de 1944 en Medellín:

Eduardo Correa Villa, como apoderado de varios herederos, Jorge Arango Tamayo Jefe del impuesto de sucesiones, Francisco Sanín y José Hilario López, peritos valuadores nombrados por las partes, se reunieron con el juez y el secretario en el Juzgado Tercero del Circuito de Medellín para proceder con el inventario y avalúo de la sucesión del señor Jorge Gutiérrez Vásquez. Los activos que avaluaron fueron los

siguientes: “Una finca territorial, con sus edificios, plantaciones, mejoras y anexidades, situadas en este Municipio, en el paraje de Media Luna” con valor de \$ 14.000, dos lotes de terreno en el barrio Boston, el primero de ellos avaluado en \$ 11.000 y el segundo en \$ 2.000, para un total de \$ 27.000²⁸.

Como la sucesión se trataba de un trámite burocrático y dispendioso, los hermanos decidieron otorgarles un “poder” especial a Jorge y a Guillermo Gutiérrez Mejía. Sin embargo, años después, cuando decidieron vender parte de la propiedad, ambos acudieron a un juez para legalizar los predios y la casa. Ahora bien, Jorge y Guillermo, en acuerdo con los demás miembros de la familia, determinaron evitar los aludidos trámites burocráticos y optaron por entablar una especie de “demanda” en contra de sus propios hermanos para obtener una respuesta pronta de los juzgados. Se trató, por calificarlo de alguna manera, de una demanda benigna, conocida y consentida por los demandados y los demandantes. Esto se puede constatar en un documento expedido y firmado en Medellín el 24 de mayo de 1977:

Jorge y Guillermo Gutiérrez Mejía se dirigen al Juez Civil del Circuito para “iniciar un proceso ordinario de mayor cuantía de declaración de pertenencia contra persona indeterminada”, demandan a Mercedes, Rosa, Elisa, María Josefa (Pepa), Magdalena, Rafael, Arturo y Ernesto Gutiérrez Mejía por figurar como poseedores inscritos de una finca ubicada en el paraje de Media Luna, ya que Jorge y Guillermo Gutiérrez M. hace aproximadamente 60 años entramos en posesión material de un finca territorial con sus edificios, plantaciones, mejoras y anexidades²⁹.

La decisión de instaurar una demanda de esta naturaleza no respondía solo a la intención de evitar las dilaciones propias de cualquier sucesión, sino también a una petición de compra extendida por Eduardo Monzón-Aguirre Simo y Carlos Alberto Monzón-Aguirre Echeverri,

²⁸ Documento notarial de 1944 que reposa en los archivos de Campos de Gutiérrez.

²⁹ Documento notarial de 1977 que reposa en los archivos de Campos de Gutiérrez.



Jorge Echeverri y Eduardo Monzón. Foto del archivo privado de Campos de Gutiérrez.

esposo e hijo de su sobrina Marta Echeverri Gutiérrez. Del matrimonio entre Eduardo Monzón-Aguirre Simo y Marta Echeverri Gutiérrez se desprende, como ya lo anticipamos en líneas anteriores, otra generación de la familia que marcó el rumbo y la transformación de la Hacienda Media Luna en lo que es actualmente.

De hacienda de café a residencia artística

*“La casa ha sido una verdadera poesía
no solo para mí, sino para toda la familia”.*

Carlos Monzón-Aguirre.

Desde mediados de los años setenta la Hacienda Media Luna empieza a padecer un proceso de transformación en su arquitectura y funcionamiento. Guillermo y Jorge Gutiérrez Mejía, a la fecha sus apoderados en virtud de la “demanda”, empezaron a transformar paulatinamente la hacienda para darle un perfil más habitacional que laboral. En cierta medida fue un proceso natural que se dio a través de la venta de hectáreas de la casa a algunas personas ajenas a la familia, especialmente a Eduardo Monzón-Aguirre Simo y a Carlos Alberto Monzón-Aguirre Echeverri, esposo e hijo de Marta Echeverri Gutiérrez. Antes de entrar en los detalles jurídicos que acompañaron tales compras es preciso considerar un aspecto de trascendental importancia: el matrimonio formado entre el ingeniero cubano Eduardo Monzón-Aguirre Simo y Marta Echeverri Gutiérrez.

En 1943 arribó a Colombia procedente de los Estados Unidos en una importante expedición de la NASA que buscaba, entre otras cosas, establecer algunas referencias climatológicas de diversos territorios con el fin de determinar lugares idóneos para realizar lanzamientos espaciales. El dato relevante y curioso de esta expedición no es que Mitú, la capital del Vaupés, presentara condiciones climatológicas excepcionales, sino que de los 30 ingenieros que integraban la expedición, 17 se casaron con mujeres colombianas. Una vez concluyó el estudio, el ingeniero Eduardo Monzón-Aguirre Simo regresó a Cuba, pero no para continuar sus investigaciones aeroespaciales, sino para organizar el matrimonio con una antioqueña: Marta Echeverri Gutiérrez.

Sin embargo, como la historia de los Gutiérrez, el matrimonio también se vio atravesado por la singularidad, pues no se produjo a la manera tradicional, sino a través de un poder. De este modo, en 1945 Eduardo se desposó acompañado por un testigo en Cuba y Marta acompañada por sus padres en Medellín. Pese a esta circunstancia, la unión fue enormemente prolífica: Eduardo, Frank, Jorge, Carlos, Andrés y Marta María. Una vez casados se instalaron en Cuba, en Cienfuegos, ciudad donde concibieron a dos de sus hijos: Eduardo y Frank. Se trató, sin embargo, de una estancia temporal, pues tras la Revolución de 1959 se vieron en la obligación de exiliarse en los Estados Unidos, país en el que nacieron algunos de sus restantes hijos. Es por esto precisamente que muchos de los descendientes de este matrimonio se encuentran diseminados por varias geografías y están marcados, guardando los matices naturales, por una condición nómada.

La totalidad de los hijos guardan fuertes conexiones emocionales con la casa, pero debido a la condición nómada de la familia, solo dos han estado presentes en la ciudad para hacerse cargo del mantenimiento que supone una propiedad de estas dimensiones: Eduardo y Carlos. Para Eduardo, nacido en Cuba y desplazado por la Revolución, la casa y la familia que allí moraba representaron la posibilidad de adaptarse a un ambiente muy antieño en su base, pero cosmopolita y práctico. Los viajes que habían hecho sus tíos y los libros en diferentes idiomas que adquirieron en estas travesías animaron a Eduardo en su niñez y lo curaron de algo que él denominó “síndrome del catalogado”: catalogado por una ciudad regionalista que veía en él a un trasplantado

que venía de Cuba y EE. UU., un trasplantado que sentía, por lo demás, un injusto rechazo.

No sorprende que la casa fuera, en cierta medida, una escuela de filosofía práctica para un niño que no alcanzaba a comprender su condición de “desplazado” y “catalogado”. En una entrevista realizada en la casa de su madre en Prado Centro, Eduardo Monzón-Aguirre sintetizó la importancia de la casa en su vida:

Para mí es mis fuertes raíces, de familia y de ser, porque es la casa de mis bisabuelos y, sobre todo, de mis tías y tíos de Media Luna: mis tíos Gutiérrez. Fue una parte muy trascendental de mi vida. Fue un nuevo mundo al que venía (montañas, pinos) fuera de las primeras memorias familiares de primera infancia: el mar, el Caribe, la Florida, Cienfuegos, la playa. Es otro mundo entonces: la montaña, el verde, los árboles, la naturaleza. Fue también un nuevo medio para ajustarme a un trauma que tuve muy consciente al ser arrebatado inconsultamente de otra realidad. Recuerdo en el avión: miraba hacia atrás, hacia la cola, hacia el camino que quedaba atrás, especialmente mis abuelos, tíos y tías que se quedaban en Cuba. Fue una casa de un mundo nuevo. Yo diría que fue un renacimiento emocional, espiritual y mental. Otro mundo, otras costumbres, el idioma. Fueron las raíces perdidas que recuperé³⁰.

El caso de su hermano Carlos es diferente. Nació en Medellín y, por lo tanto, no padeció el síndrome del catalogado. Aunque muy antioqueño en su formación, tiene un sentido práctico de la vida que fue adquiriendo en sus múltiples viajes y en su residencia en Las Vegas y en La Florida. Es más, podemos asegurar que su vinculación definitiva con la casa no se produjo únicamente por la compra de la misma y de algunos predios cercamos, sino por un viaje realizado a Colombia en 1980, procedente de Estados Unidos, en el que se desposó con Luz Estella Ortiz Maya, unión que engendró cuatro hijos: Carlos David, Esteban, Andrés Felipe y José Miguel. Aunque ha pasado gran parte de su vida en Estados Unidos, país en el que residen gran parte de sus familiares, Carlos Monzón-Aguirre ha mantenido una fuerte vinculación con la casa, a tal punto que podríamos asegurar, sin ánimo de desconocer la importancia que otras personas tuvieron, que sin su intervención la

³⁰ Monzón Aguirre, Eduardo. Comunicación personal, 6 de agosto de 2015.

recuperación del inmueble no hubiera sido posible. Y no solo su recuperación material, sino también su transformación de hacienda cafetera en residencia artística.

Pero la recuperación no fue un proceso súbito: se remonta al año 1976, cuando, junto a su padre, decidieron adquirir unas hectáreas de la Hacienda San José³¹. En dos documentos, uno expedido en Miami y otro en Medellín (1976 y 1977, respectivamente), se explica claramente la primera venta, hecha por Guillermo y Jorge Gutiérrez Mejía a la familia Monzón-Aguirre Echeverri, de un terreno de 18 hectáreas y se especifican sus linderos. En el documento expedido y firmado en Miami el 28 de agosto de 1976 se establecen los siguientes linderos:

Partiendo del garaje localizado en el punto denominado La Puerta del Filo y subiendo por la carretera que de Medellín conduce a Rionegro, hasta el cruce del arroyo llamado el Amagamiento; bajando por el corredero de las aguas del mismo hasta donde pasa el camino que de la casa principal va a la casa de Jesús Amado o a la persona de Rafael; de ahí sube diagonalmente y siguiendo un alambrado existente se encuentra con un percal, es decir excluyendo el corral del Burro. Por el lindero de dicho cabuyal baja en dirección a la casa hasta donde pasa la antigua sequía o vallado desde donde cae la cascada que decora el lago y manga de la casa; por dicho vallado va a buscar el camino que sube de las Estancias y el cual sirve de lindero partiendo de la intersección del vallado hasta el punto de partida o Puerta del Filo³².

El 15 de febrero de 1977, ante un notario de Medellín, se oficializa en un documento expedido y firmado, la venta por 230.000 pesos mediante un contrato de compraventa donde reza lo siguiente:

Contrato de compraventa entre Jorge y Guillermo Gutiérrez Mejía como los vendedores y los señores Eduardo Monzón-Aguirre Simo y Carlos Alberto Monzón-Aguirre Echeverri como los compradores de un terreno que hace parte de la finca "que figura en las Oficinas de la Dirección del Catastro Municipal de Medellín como San José, y conocida

³¹ Realmente el proceso de adquisición de predios cercanos a la Hacienda San José por parte de la familia Monzón Aguirre comienza en 1975, cuando Carlos compra uno situado a las entradas de la casa por valor de 5000 pesos.

³² Documento notarial de 1976 que reposa en los archivos de Campos de Gutiérrez.

en la región como La de Los Gutiérrez, en el paraje Media Luna” con los siguientes linderos:

“Desde el kilómetro 6, en la antigua carretera que de Medellín conduce a Rionegro, bajando desde dicho punto por todo el camino llamado de La Puerta del Filo, hasta un mojón frente a la Casa de Media Luna; por un cercado y una chamba hasta otro mojón en la Quebrada El Amagamiento, por esta arriba hasta la carretera de Rionegro mencionada, y por ésta abajo hasta el primer punto de partida”³³.

La compra de los predios cercanos a la casa hecha por Carlos Monzón-Aguirre se intensificó tras el fallecimiento de Jorge Gutiérrez Mejía y luego de algunas crisis financieras que padecieron en la familia. El colapso de una parte del techo de la casa en 1997 y una insuperable crisis financiera a raíz de los bajos precios del café fueron la oportunidad, por decirlo así, que permitió el proceso de restauración de la casa y, por tanto, la adquisición de la mitad de la casa.


Las permanentes enfermedades llevaron a Guillermo Gutiérrez Mejía, el único del clan familiar que sobrevivía, a escriturarle parte de la casa a su hija Norma Constanza. Al vivir en los Estados Unidos, Norma optó por vender su parte a Carlos, con lo que se consolidó la adquisición definitiva de la familia Monzón-Aguirre. Ahora bien, a raíz de una extorsión, los nuevos dueños de la Hacienda San José decidieron reestructurar la propiedad bajo otras condiciones. No se vendió absolutamente nada, sino que se cedió y escrituró la propiedad a nombre de varios hermanos, algunos residentes en Estados Unidos y otros en Colombia. Esta circunstancia condujo a la familia Monzón-Aguirre a un segundo exilio y llevó a la Hacienda San José a un proceso de deterioro que se superó en el 2011, cuando Andrés Felipe Monzón-Aguirre, el tercer hijo del matrimonio entre Carlos y Estella, regresó a Medellín en busca de sus memorias de infancia.

³³ Documento notarial de 1977 que reposa en los archivos de Campos de Gutiérrez.



Ambas fotografías evidencian el deterioro de la casa cuando la familia tuvo que abandonarla por razones de seguridad. Fotografías del archivo privado de Campos de Gutiérrez.

Campos de Gutiérrez. La constitución de una residencia artística



Campos de Gutiérrez supuso un renacer importante de la Hacienda San José bajo nuevos usos y parámetros. Como casi cualquier renacimiento, este estuvo precedido por un período oscurantista que casi la extermina: un proceso de deterioro, como ya dijimos. La familia se vio obligada a “abandonar” el tutelaje de la propiedad en un administrador, pero terminó en manos de aviatos y usureros que la convirtieron en un simple potrero para animales.

Ante este panorama adverso de inseguridad, Carlos Monzón-Aguirre y su prima Norma Constanza decidieron vender la propiedad, con tan buena fortuna que no solo ningún comprador colmó sus expectativas, sino que Andrés Felipe, uno de sus hijos, se opuso. Contra todos los pronósticos y recomendaciones, Andrés Felipe decidió retornar a Medellín, después de una década de exilio, para recuperar la casa y, más allá de eso, los recuerdos, objetos e historias de su familia. Al haber estudiado en Rhode Island School of Design, una de las escuelas de arte más prestigiosas de los Estados Unidos, diseñó un ingenioso plan para recuperar la hacienda: reconvertirla en una residencia artística con el propósito de promover no solo procesos de arte contemporáneo, sino también de recuperar técnicas ancestrales de cerámica³⁴.

En 2011 regresó a Medellín para estar solamente cuatro meses, y su estancia coincidió con la víspera del Encuentro Internacional de Arte de

³⁴ Ese deseo de conservar el pasado, como veremos más adelante, se convertirá en una característica de Campos de Gutiérrez, donde se reinterpreta el pasado para traerlo a la contemporaneidad. Esto será visible con la renovación de la casa y con la apuesta por recuperar una técnica como la cerámica en un proyecto llamado Maati.

Medellín 2011 (MDE). Esta coincidencia afortunada le permitió conocer a varios artistas (de Francia, Uruguay e Inglaterra), a los que invitó a quedarse en Campos como una especie de residencia piloto no oficial, útil para ver cómo funcionaban el transporte, la comida, la convivencia, las instalaciones, etc. Tras este éxito inicial resolvió abrir Campos de Gutiérrez, con cuyo nombre aludió a su rico legado familiar.

Debido a la ausencia de capital y del deterioro físico de la casa necesitó cinco meses para iniciar oficialmente el proyecto. Con un esfuerzo grande y con la ayuda de muchas personas, en agosto del 2011 abrió la primera convocatoria para residentes a través de medios virtuales, escribiendo correos y transmitiendo el mensaje entre distintas personas del medio artístico. La idea de una residencia internacional no solo estuvo ligada al proyecto en sentido estricto, sino a su historia personal:

Uno de los motivos personales que me incentivaron a empezar el proyecto de las residencias es que yo quería cambiar la imagen de Colombia en el exterior. Al volver, yo quería obligarme a mí mismo a mirar a Colombia con otros ojos (...) Darle una oportunidad a Colombia como un lugar donde se puede hacer algo cultural e importante a nivel internacional (...) Porque en la época que yo estuve por fuera la visión de Colombia siempre fue muy nostálgica, pero muy negativa (...) Pero siempre quise volver desde que nos fuimos³⁵.

³⁵ Monzón, Andrés Felipe. Comunicación personal, junio 18 de 2014.

La consolidación de Campos de Gutiérrez estuvo así ligada a diversos factores que trascendían el deseo personal de Andrés Monzón: tener una sede, la ayuda familiar, la determinación de su artífice y el cambio de contexto que padecía la ciudad en relación con el arte y los procesos culturales. De esta forma Campos surgió con la voluntad de incentivar la preservación histórica del lugar sin dejar de readecuar las estructuras del pasado en el presente.

Como espacio para las artes visuales, se enfoca en la producción, crítica, exposición, circulación de artistas internacionales y formación de público local. Estas ideas muestran un rasgo del carácter de Campos: la necesidad de trabajar con el pasado poniendo un acento especial en el patrimonio, tanto material como inmaterial. Dos ejemplos son notables en este sentido: por un lado, la recuperación de la casa al lograr que una estructura del pasado fuera funcional para unas prácticas y un ambiente contemporáneo, y, por otro, la preservación del archivo y Maati. La preservación incluía toda la documentación existente sobre la casa, desde documentos hasta objetos, así como también crear un archivo con algunas de las obras de artistas que han estado en residencia³⁶; por su parte, Maati es un proyecto colaborativo que atraviesa barreras geográficas promoviendo métodos interdisciplinarios para desarrollar una cultura cerámica regional.

Maati procuró implementar nuevas plataformas de producción reconociendo y reviviendo la función de la artesanía ancestral en el diseño y las artes contemporáneas. Este proyecto se vinculó, por un lado, con los intereses artísticos de Andrés Monzón, especialista en pintura y cerámica, y, por otro, con la apuesta de Campos por rescatar las prácticas cerámicas locales (con una fuerte tradición en el departamento desde el siglo XIX) y por relacionarse indisolublemente con lo rural³⁷.

Adicionalmente, Maati evidenció cómo las relaciones de colaboración y el capital humano facilitan la consolidación del proyecto. Empezó con una investigación para impulsar la construcción de un taller dedicado a

³⁶ El producto de esta última labor se mostró en la exposición "Archivo Campos de Gutiérrez viaja al Norte de Santander", celebrada en La Lunada del Rosario Antiguo, Villa del Rosario, Norte de Santander, en octubre de 2014.

³⁷ La ubicación geográfica, entre el perímetro urbano y rural de la ciudad, enlazó la casa con dinámicas rurales y puso en contacto a sus visitantes y residentes con otra parte importante de la cultura de la ciudad. De esta manera, Campos se convirtió en un articulador entre lo rural y lo urbano, y permitió la redefinición de las interacciones entre estos ámbitos más allá de las polémicas tradicionales.

la técnica de la cerámica realizada por dos de sus primeras residentes: Parul Singh y Amara Abdal, ceramista hindú y arquitecta puertorriqueña, respectivamente. De esta forma se diseñó y creó un horno de llama inversa estilo Olsen, muy eficiente en combustible y tiempo, que ha servido tanto para los procesos artísticos como para materializar ideas que buscan generar algunos ingresos para ayudar a sostener la fundación. En este sentido, Maati también se presentó como una posibilidad de generar fondos para las instalaciones y el sostenimiento de Campos, aprovechando la materia prima de la zona y así consolidar una pequeña línea de producción cerámica con fines comerciales.



Uno de los hornos de Campos de Gutiérrez para la quema de los procesos de cerámica.

Con el paso del tiempo el proyecto de residencias se consolidó y expandió en otros proyectos. Su rama curatorial, denominada Espiga, constituyó un buen ejemplo de ello. Pese a que Campos de Gutiérrez ha realizado desde el año 2011 múltiples exposiciones con los artistas residentes, desde que empezó Espiga intentó consolidar alianzas con plataformas similares en la ciudad para buscar espacios expositivos para los artistas residentes y, además, apostar por involucrar artistas locales a las exposiciones. Para Andrés Monzón:

La idea no es que los residentes vengan y produzcan obra y nada más, sino que queremos socializarla y para eso trabajamos con otros espacios. En ese sentido Espiga es como un agente que ayuda a conectar esos espacios y cada exposición se vuelve un proyecto curatorial y también crítico. No es solamente mostrar las obras de los artistas residentes, sino también trabajar con los artistas locales (...) Es un proyecto paralelo, pero que está muy integrado a los procesos de la residencia³⁸.

Los proyectos ponen de manifiesto que Campos de Gutiérrez es un espacio con propuestas bastante definidas, pues en solo unos cuantos años de funcionamiento logró depurar sus procesos tanto de selección de residentes como los relacionados con la organización de las exposiciones. En el caso de la curaduría, encontramos dos procesos que son importantes: la selección de los artistas y las sesiones de crítica. El primero lo explica Andrés Monzón:

En el proceso de selección los criterios del jurado son: calidad, que sea una propuesta coherente, que se demuestre que es una persona organizada y que uno pueda confiar en ellos en términos de presentación, porque en el momento de hacer una exposición nosotros tenemos que dejar mucha responsabilidad al artista de que sepa presentar su obra, y eso se puede definir por el tipo de propuestas que envíen y por la forma en que envían el portafolio, que sepan escribir, que entiendan bien su propuesta, que tengan algo definido, que sepan explicar los parámetros de su propuesta. Las únicas limitaciones para los artistas que se postulan son más que todo logísticas y de calidad, miramos que sea una obra coherente y que se pueda realizar, porque si nosotros recibimos una propuesta que sea imposible de gestionar, eso obviamente descalificaría a la persona que está aplicando³⁹.

El segundo aspecto es una actividad que consiste en un encuentro semanal donde los artistas se reúnen para hablar de sus procesos y mostrar sus avances en la obra. Las críticas no solo han ayudado a los procesos artísticos de la residencia, sino que también han contribuido a crear puentes entre los proyectos artísticos de los residentes y los de

³⁸ Monzón, Andrés Felipe. Comunicación personal, junio 18 de 2014.

³⁹ Monzón, Andrés Felipe. Comunicación personal, junio 18 de 2014.



Registro de una de las residencias artísticas en Campos de Gutiérrez.

los artistas locales mediante la invitación a estos últimos a participar en las exposiciones de Campos.

Una de las razones del éxito inmediato de Campos radicó en que se pensó como un proyecto para crecer permanentemente y ser sostenible en el tiempo, no obstante el gran riesgo inicial. Andrés Monzón tiene dos motivaciones especiales:


Quisiera que la gente, en este momento, que vaya a Campos lo viera como el comienzo de algo muy grande o, al menos, como el comienzo de algo muy duradero, porque yo creo que llevamos tres años. De mi parte ha sido un aprendizaje muy grande en administración porque yo tengo formación de artista y a uno en artes no le enseñan a administrar, pero espero que la gente se dé cuenta de que en realidad ha sido un progreso (...) que ya le estamos cogiendo el tiro a la cosa (...) que esa gestión que hacemos sea el principio de unos esquemas para que las cosas sean más factibles en el futuro⁴⁰.

⁴⁰ Monzón, Andrés Felipe. Comunicación personal, junio 18 de 2014.

Campos ha logrado ser un espacio sostenible por los esquemas de trabajo colaborativo que ha impulsado desde el principio. Ejemplo de esto son las múltiples exposiciones que ha organizado en calidad de gestor o invitado: Casa Imago, Plazarte, Casa de la Cultura de Envigado, Taller 7, La Tienda Galería, Casa Tres Patios, Teatro Pablo Tobón Uribe, *Centrum Voor Fotografie* (Amsterdam)⁴¹, Centro Cultural Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, Rincón de Antonia, Palacio de la Cultura Rafael Uribe, Plecto Galería, Red Departamental de Artes, entre otras. Esto, a su vez, ha construido una red de contactos muy dinámica y versátil que fortaleció no solo las relaciones entre Campos y los espacios con los que colaboró, sino que también enriqueció la experiencia de los artistas en residencia, puesto que les permitió interactuar con otros espacios en la ciudad, con otros artistas y con el público local. Adicionalmente, muchas de las exposiciones se articulan con un conversatorio abierto al público que se realiza antes, durante o después de la muestra para complementar la interlocución con los públicos locales especializados o no. La concepción de arte que Campos propone no entra en fricción con la de muchas prácticas institucionales. Su dinámica curatorial y expositiva ha logrado frutos interesantes respaldados en la institucional, esto es, museos y galerías. Así, por ejemplo, el Museo de Antioquia adquirió obras de dos artistas que han pasado por Campos: Jan Lotter (colombo-alemán) y Chris Wolston (estadounidense), y Plecto Galería vendió obras de Keke Vilabelda (España) en una exposición que se realizó en convenio con Campos. Es claro, entonces, que la apuesta por promover prácticas artísticas contemporáneas de calidad y el trabajo con artistas de mediana trayectoria han generado sinergias interesantes con el ámbito museístico o galerístico; sinergias que se pueden fortalecer con el tiempo y de las cuales todos pueden salir beneficiados.

⁴¹ Reformulando Memoria, proyecto expositivo realizado en junio de 2013 que contó con la curaduría de Sarojini Lewis, artista residente, y Óscar Roldán Alzate, en ese entonces curador del MAMM. En este proyecto se exhibieron obras de 30 artistas tanto nacionales como extranjeros.

Características arquitectónicas y técnicas de la Hacienda San José



Desde el comienzo, la Hacienda San José fue un magnífico ejemplo arquitectónico que reflejó la estética de la época por su volumetría, distribución espacial y decoración; además, por representar de forma adecuada los ideales de modernidad y progreso que caracterizaron a la incipiente ciudad industrial que nacía a finales del siglo XIX. A pesar de sus múltiples transformaciones, la hacienda representa en nuestros días tanto un ejemplo vivo de la tradición cultural cafetera que existió en Medellín hasta finales del siglo pasado como la resignificación de dicha tradición en nuevos espacios y con diferentes propósitos.

La casa, en efecto, deja entrever una superposición de capas arquitectónicas de orden antiguo, moderno y contemporáneo. Si los amplios corredores y la disposición de las habitaciones denotan un pasado cafetero moderno, los hornos de llama invertida sugieren no solo una época antigua, propia de las regiones andinas y del sur de Asia, sino también, y de forma paradójica, un tiempo contemporáneo en la medida en que tales hornos son dispuestos hoy exclusivamente para prácticas artísticas.

La Hacienda San José en su construcción material presenta una particularidad: la casa es única en Antioquia no solo por sus dimensiones y volumetría, sino también por su diseño arquitectónico: fue construida en tapia de 60 por 50 cm en dos niveles, cuando las casas cafeteras eran construidas en tapia en el primer nivel y en bahareque en el segundo. Adicionalmente, el material elegido para la construcción es un indicativo social de la familia que la construyó. El bahareque, de origen precolombino, fue adoptado por los obreros, por los campesinos y



Fotografía tomada en la década del 1940, perteneciente al archivo privado de Campos de Gutiérrez. Es la más antigua que se ha encontrado de la edificación de la familia Gutiérrez.

en general por la población de bajo poder adquisitivo para levantar sus viviendas; mientras que la tapia pisada, la mampostería de ladrillo y la de piedra sentadas en mortero de cal fueron utilizadas para construir las viviendas de las familias pudientes, los edificios de importancia civil y las iglesias.

Al ser un material tan sólido, consistente en una cimentación enorme de piedra, muros gruesos y rígidos sin cocer, sin refuerzos estructurales y con una cubierta con estructura de madera aserrada o guadua con paja o teja de barro, la tapia pisada significaba construir para quedarse, mientras que el bahareque tenía un carácter de menos temporalidad.

Las dos plantas que conforman la Hacienda Gutiérrez están construidas con barro crudo para los muros de tapia pisada y barro cocido para el ladrillo y la teja. Los cimientos fueron ejecutados en piedra labrada y asentada en barro; las paredes cubiertas con revocos de cal y arena, y sobre ellas, en algunos casos y dependiendo del propietario, se pintaban los muros o techos con diferentes colores. Las cubiertas son de madera, con armaduras muy diversas: de par y nudillo, de par e hilera, de cercha rey, entre otras. La mayoría de las puertas, ventanas, escaleras y otros elementos como barandas son también de madera. Al igual que las haciendas de su época, la San José se organizó en torno a una serie de corredores centrales: cuatro en la primera planta y cuatro en la segunda. Los ocho corredores permitían no solo la comunicación con diversas dependencias de la casa, sino también con el **área de secado del café**. Además, eran un lugar de encuentro para socializar, rezar y jugar dominó, parkés, dados, etc. En suma, eran corredores multifuncionales que servían como un espacio laboral, familiar, lúdico, religioso o social.

En la primera planta estaban ubicadas las tiendas y locales para almacenar y preparar la producción del café, así como la cocina y un cuarto para albergar el carbón. Tenía cuatro cuartos que cumplían varias funciones: el primer cuarto era un lugar para organizar el alimento para los animales de la hacienda y, en otros momentos, un lugar de descanso para los silleteros que se dirigían a Rionegro. Un segundo cuarto servía para albergar a los trabajadores y, posteriormente, se acondicionó como una habitación para albergar familiares; asimismo, por sus amplias dimensiones servía de salón de fiestas para los miembros más jóvenes de la familia. Un tercer cuarto era utilizado para guardar herramientas mineras, muestras de tierra, estudios de suelo, etc. Y, finalmente, el último cuarto lo ocupó uno de los miembros de la familia: Camilo Gutiérrez Mejía.

El corredor trasero de la primera planta era una especie de depósito para los granos y para secar semillas de papa, maíz y café. En la parte exterior había una letrina, un baño de inmersión, una pesebrera y una pequeña cascada de agua producto de aguas sobrantes y de otras que se traían de una acequia. Luego, las aguas fueron canalizadas y se construyó un pequeño lago que aún se conserva.



Registro de uno de los corredores de la casa.

La segunda planta tenía las habitaciones y una sala central decorada con una gran imagen del Sagrado Corazón de Jesús iluminada por una lámpara levemente encendida. Adicionalmente, en uno de los extremos había una gran Biblia de 1890, una biblioteca formada por libros en diferentes idiomas (sobre todo inglés, francés y castellano), dos sillas grandes forradas en cuero, llamadas las sillas del obispo, y una cama nido recubierta en cuero de conejo. En el corredor occidental de la casa estaba la capilla con un altar y un confesionario; era por tanto el espacio donde se congregaban los feligreses cuando había misiones, misas o visitas de sacerdotes y misioneros. A raíz de una misión que sobrepasó las 300 personas, la capilla fue trasladada para la primera planta con el fin de evitar accidentes. Curiosamente, el mismo lugar que fungía como espacio de recogimiento religioso desempeñaba también la función de casino para los trabajadores, los moradores y los habitantes del sector.




Registro del comedor.

La Hacienda San José, como la gran mayoría de las haciendas cafeteras de la época, cumplía dos funciones: residencial y comercial. No solo se alojaba el grupo familiar, también, proveedores y clientes. En las postrimerías del siglo XIX mantuvo las características constructivas y técnicas primigenias, pero en las primeras décadas del siglo XX sufrió importantes cambios en cuanto al uso de los espacios de sociabilidad como la sala, su mobiliario, la cocina y la decoración, lo que significó una clara ruptura con las tradiciones y formas de vida cafetera. Desde la primera mitad del siglo XX la europeización de la cultura antioqueña continuó transformando paulatinamente tanto los hábitos domésticos como los de sociabilidad, lo cual alteró las formas de comportamiento propias de las salas, comedores, habitaciones y espacios de servicios. Así, la Hacienda Gutiérrez no solo conjuga características materiales heredadas de la Colonia, sino que también manifiesta algunos cambios sociopolíticos fruto de la guerra de los Mil Días y del ingreso a la modernidad a finales del siglo XIX. La hacienda es producto de las formas de vivir, en estrecha relación con las costumbres, los recursos materiales y económicos disponibles, y de los saberes técnicos constructivos adquiridos hasta el momento.



Registro del interior de la casa.

Importancia histórica de la Hacienda San José



La Hacienda San José fue de capital importancia para Santa Elena y algunas áreas colindantes. Por su ubicación geográfica fungió, desde finales del siglo XIX y hasta muy entrado el siglo XX, como una importante ruta comercial entre Santa Elena, Medellín, Rionegro y Marinilla. Sus terrenos estaban atravesados por una importante ruta comercial y peatonal por donde transitaban numerosos silleteros: los “cargueros”, que portaban exclusivamente mercancías durante largos recorridos de varias jornadas (vajillas, porcelanas, herramientas, muebles, máquinas, imágenes religiosas) y el silletero que ejerció el transporte de pasajeros y fue denominado, según la región, como faquín, caballito, peón de tercio, sillero y peón de brega. La Hacienda San José era el primer lugar de descanso en la ruta que conducía de Medellín a Santa Elena y se convirtió en un lugar de permanente socialización entre viajeros, silleteros y residentes de la casa.

Cuando se construyó la vía y las silletas cedieron su lugar a los autos, la hacienda siguió ocupando un lugar de reunión, pero en otros frentes: como casa de misiones, casino campestre, centro social y de herramientas.

Eduardo Monzón-Aguirre ilustra claramente las diversas funcionalidades que asumió en su devenir:

La casa fue un centro de la región. De hecho, los misioneros salesianos la convirtieron, a través de sus visitas, en un centro de misiones. En ciertas épocas se celebraban primeras comuniones, misas y

matrimonios. La casa se convirtió en un centro emocional y cultural de la vereda. Fue un centro de memoria histórica porque hubo varias generaciones viviendo en ella. Fue un centro de culto, de familia y de beneficencia. Y, finalmente, fue un centro social en el primer piso de la casa. Después de la jornada de trabajo los trabajadores de la casa y los de lugares cercanos se reunían a jugar cartas o dados. El corredor que da al poniente era el lugar de juego. Todo esto marca una vinculación que existe no solo con los antiguos vecinos, sino con los nuevos que han ido llegando⁴².

Curiosamente, ninguna de estas funciones se le endosó a la casa de una manera formal: fue un proceso natural. Así, por ejemplo, el título de casa de misiones se lo confirió monseñor Miguel Ángel Builes en 1943 porque desde los años veinte muchas personas de la comunidad comenzaron a usar sus predios para celebrar matrimonios, bautizos, para catequesis, etc. El lenguaje y la práctica de la religión fueron notables en la Hacienda San José y marcaron muchas de sus dinámicas. En la promoción de las misiones participaban sus moradores y propietarios, así como el sacerdote que llegaba para la ocasión. Los días de misiones eran de paz, bienaventuranza y querencia entre los propietarios y los habitantes del sector. Las relaciones sociales se enriquecían con el intercambio, principalmente en los días de Semana Santa, y alcanzaban su nivel más alto en las festividades religiosas: festividades patronales, de la Virgen del Carmen o de san Rafael. Hasta

⁴² Monzón, Eduardo. Comunicación personal, 6 de agosto de 2015.

la década del cincuenta, cuando se construyó la Iglesia de Bocaná, se celebraban en la hacienda numerosas fiestas religiosas y civiles. Son recordadas, en especial, las fiestas de Navidad, los días de Semana Santa y las festividades de san Isidro, el santo de la cosecha cafetera. En las misas en su honor se le pedía a la gente trabajar con humildad y abnegación para lograr la paz y la armonía social, y al santo se le pedía por el progreso familiar y colectivo de la hacienda.

La ocasión era también aprovechada para los ritos católicos tradicionales (bautizo, primera comunión, matrimonio) y para fortalecer las relaciones de compadrazgo entre propietarios y trabajadores o para celebrar reuniones con personas distinguidas de la comunidad.



Los Gutiérrez en uno de los tantos encuentros familiares y vecinales.

La Hacienda San José, paralelamente a su actividad religiosa, empezó a desempeñar una actividad que, teóricamente, iría contra los rituales católicos: ser una casa de juego o casino campestre. Sin embargo,

era un casino bastante particular. Los juegos más populares no eran la ruleta, el *black jack*, el *craps*, el punto y banca, el póquer ni las máquinas tragamonedas. Tampoco se apostaban grandes sumas de dinero ni se ingerían bebidas alcohólicas. Era un casino entendido en su sentido etimológico: casino viene del italiano *casino*, casa en el campo. La palabra alude, si asumimos su connotación etimológica, a una casa de esparcimiento. El “casino campestre” de la hacienda era una casa donde la comunidad de la vereda Media Luna iba a divertirse con los propietarios, moradores y trabajadores. De ahí precisamente que el juego no se concibiera como un medio para apostar y ganar dinero, sino como un núcleo primario de actividad humana, esto es, un espacio paradigmático para afianzar lazos sociales y crear comunidad. Además, los juegos que se practicaban en la hacienda (el turro, los naipes, el parqués) no se asociaban estrictamente con un sistema de reglas fijas y no desencadenaban riñas o peleas entre los participantes.. Guardando las proporciones y los matices respectivos, podemos asegurar que el juego, entendido como un espacio idóneo para socializar y reforzar vínculos, era una especie de apéndice de las festividades religiosas.

Así, la Hacienda San José se fue erigiendo de manera natural en uno de los centros sociales y laborales más importantes de la vereda Media Luna y un centro productivo de los mayores del valle de Aburrá.. Además, fue una de las más avanzadas técnicamente, por cuanto adoptó sistemas modernos de producción, relacionados, en un principio, con el sistema de aparcería, categoría de trabajadores permanentes con base en la fuerza de trabajo familiar, bajo la figura de arrendatarios, tabloneros, contratistas, partijeros y agregados. Posteriormente, la tecnificación cafetera fue sustituida por la administración directa, que utiliza fuerza de trabajo asalariada temporal, lo que modificó las relaciones laborales de tipo familiar que prevalecían en la hacienda. La escasez de mano de obra fue uno de los problemas centrales que los administradores de la hacienda debieron enfrentar, teniendo en cuenta que el volumen de la cosecha determinaba la cantidad de trabajadores que debían permanecer allí. Como consecuencia, fueron importantes la aparcería y diferentes maneras de participación en la producción y en los beneficios pues cosechar café se convirtió en la principal actividad de la hacienda. Cuando la mano de obra permanente no era suficiente, se utilizó la contratación de trabajo mediante el peonaje,

los jornaleros, enganchados y destajistas. La Hacienda San José llegó a tener en sus mejores momentos 150.000 cafetos. Además, contó con sembrado de fique, árboles de madera y superficie para pastos para el autoabastecimiento y la producción de la misma hacienda.



Encuentro de vecinos y trabajadores de la casa en una de las sesiones de juego que allí sucedían.

Con el propósito de cubrir la mayor extensión de producción, los hacendados de la San José ofrecían a campesinos de la zona un sistema de producción y contrato denominado tabloneo, en el cual se le daba al campesino el área para las siembras de los cafetos (entre 1.000 y 3.000 árboles) y se le suministraban las semillas, los semovientes, las herramientas y utensilios necesarios. El producto de cada cosecha se repartía entre los meses de octubre y diciembre o entre marzo y mayo con los hacendados.

Este sistema de práctica constante tuvo ciertas variantes. La primera cuando el campesino o labriego recibía una parte de la plantación y se encargaba de su recolección, beneficio y lavado, para luego dividir por mitad el producido con los hacendados, quienes a su vez asumían los gastos que ocasionaban los desyerbes y las máquinas despulpadoras.

Esta modalidad permitía, en ciertas ocasiones, que el labriego se desplazara a vivir en los predios de la hacienda y construyera allí su vivienda. Esto explica por qué alrededor de la hacienda fueron agrupándose una serie de trabajadores de confianza de la familia cuyos descendientes aún perviven en la zona.

Hubo una segunda forma de acuerdo. Por ejemplo, cuando se entregaba el lote de cafetal a varios trabajadores, quienes lo cuidaban para luego, durante la cosecha, repartir el grano recolectado cada día y comprar el café recogido a los hacendados a un precio convencional local.

También se dio una tercera opción: el labriego recibía la tierra para la siembra de los árboles de café hasta la primera cosecha, y se acordaba un precio con los hacendados de acuerdo con el número de cafetos sembrados, quien los pagaba, y así luego se hacía un nuevo arreglo, que podía ser una de las dos variantes anteriormente señaladas.


Más allá del modelo y de la relación laboral, siempre primaron el respeto recíproco, la generosidad de los hacendados y un vínculo tan estrecho que llevó al establecimiento de varias relaciones de compadrazgo. Los procesos anteriormente descritos permitieron que el legado de la hacienda se conservara, pese al tiempo y a las múltiples adversidades que han tenido que padecer los descendientes de los Gutiérrez. La mejor valoración de la hacienda la esboza nuevamente Eduardo Monzón-Aguirre:

Esta arquitectura, típicamente cafetera en su primer tiempo, está en función solo del café. Si hay unos aditamentos del siglo XIX y XX, han estado muy bien a nivel patrimonial. Son también una certificación de la historia y un registro del movimiento de época. En la casa puede verse y saborearse un ambiente, un espíritu no solamente de la gente que vivió o del modo como amó, sino también de cómo se originaron unas costumbres, cómo se vivía en una época y cómo se originó una arquitectura que es tan típica. Presta también un espíritu, un sabor de vida y un concepto para compartir hoy. Puedes ir y sentarte allí y compartir eso que no se acaba, que no termina, que está ahí presente y que nos permite pensar en adelante y que se proyecte como un discurso, como una trasmisión visual, no solamente de hechos históricos y fechas, sino como un discurso de mensaje intelectual, amoroso, afectivo, espiritual y humano. Es un lugar que te trasmite como una tableta o un CD: haces

clic y te brota. Allí sentarse es hacer clic en el espíritu de vida que iluminó y acompañó un tiempo pasado, pero que es tan permanente que es para nosotros hoy y para otros en el mañana. Una paz, una belleza, una armonía del entorno donde no lucha lo creado material con la naturaleza, sino que está sincronizado: teja cocida, barro, madera, árboles, plantas, sembrados, horizonte a contemplar, colinas, el sol, las estrellas, la luna. Por conservarse el referente arquitectónico y el marco físico, trasmite el patrimonio de un espíritu de vida, de algo que es estético, espiritual y poético⁴³.

⁴³ Monzón-Aguirre, Eduardo. Comunicación personal, 6 de agosto de 2015.

Conclusiones



Cuando Gertrude Stein escribió en 1922 la célebre frase “una rosa es una rosa es una rosa” estaba plenamente consciente de que si bien las cosas son lo que son, al nombrarlas evocamos una serie de imágenes y emociones que están ligadas. Pese a que el significado de las palabras está cuidadosamente comisariado por diccionarios y academias, estas tienen el poder de evocar muchos sentimientos. Claramente, el poder de la palabra no pasa desapercibido y desde pequeños aprendemos que hay una relación directa entre las palabras y las emociones, entre las palabras y las cosas. Aprendemos desde muy temprano el significado de la palabra “casa”: ese primer espacio de vivencias, de amparo y de defensa, únicamente superado por el vientre materno. La casa es cobijo del ser humano, protección; por tal motivo es fundamental entenderla como el espacio que alberga nuestras esperanzas e ilusiones y que se organiza en función de una serie de símbolos que comunican quiénes somos, es decir, no es solo la morada que habitamos, sino que se observa como un reflejo directo de nuestra identidad individual y social.

Con estas consideraciones es posible entender por qué, pese a las múltiples adversidades y al tiempo transcurrido, la Casa Gutiérrez se ha mantenido y transmitido de generación en generación, desde principios del siglo XX hasta la actualidad. Más aún, las reflexiones consignadas sobre el valor simbólico de la casa explican, de alguna manera, el proceso que convirtió a la Hacienda San José, desde 1901, en uno de los espacios más representativos de la vereda Media Luna. Su historia, en

efecto, refleja una particular convergencia de valores y relaciones (contemporáneo-antiguo, tradicional-moderno, rural-urbano, global-local, etc.), y por sus características estéticas y de su arquitectura revela la presencia de grupos culturales y sociales diferentes que han pasado a través del tiempo (propietarios, hacendados, trabajadores y artistas). Además, poseen gran valor su localización geográfica, el uso de los materiales usados para su construcción, su diseño, el área construida y los espacios acondicionados para la práctica del arte.

La Casa Gutiérrez sintetiza una multiplicidad de variables que no solo dependen del objeto arquitectónico (la casa en un sentido material), sino de la relación que se establece entre este objeto, las personas que han morado en ella, la sociedad, el momento y el lugar en medio de los cuales se ha proyectado, construido y habitado. De ahí precisamente que la casa abra todo un mundo (un mundo atravesado por memorias superpuestas y por formas de relacionarse y de asumir la vida) y que les otorgue realidad a cosas que siempre han estado suspendidas en el horizonte de la historia de la ciudad. La casa no debe juzgarse únicamente en función de los simples rasgos materiales ni de acuerdo a cantidades: metros cuadrados, costos, rentabilidad, etc. En su construcción y en sus múltiples usos remite a algo que trasciende lo material y lo constructivo, a saber: objeto de apego afectivo e individual y, sobre todo, símbolo de pertenencia socioterritorial. Es así como la comunidad de la vereda Media Luna y los descendientes de los Gutiérrez han interiorizado la casa y sus memorias integrándolas

a su propio sistema cultural y social. Esto explica por qué la desterritorialización física que padecieron algunos miembros de la familia a finales de los años 90 del siglo pasado no implicó automáticamente la desterritorialización en términos simbólicos y subjetivos. Abandonaron físicamente un territorio sin perder la referencia simbólica y subjetiva gracias a la comunicación a distancia, la memoria, el recuerdo y la nostalgia. Cuando se emigra a tierras lejanas no solo se lleva “la patria adentro”, sino que, de alguna manera, la “tierra llama”.

No es exagerado, entonces, si aseguramos que la Casa Gutiérrez es la encarnación de lo que Joël Candau denomina una “memoria fuerte”, esto es, una memoria colectiva, coherente, compacta y profunda que se impone a la gran mayoría de los miembros de un grupo familiar y social, cualquiera que sea su dimensión o su talla. Una memoria que es preciso aprender y reactivar de manera incesante. Se le aprende, por un lado, mediante procesos generacionales de socialización que se transmiten de generación en generación, y, por otro, a través de la reactivación periódica en relación con las necesidades y dificultades que trae consigo el presente.

Con base en esta caracterización se entiende que la Casa Gutiérrez funcione actualmente a la manera de un teatro de la memoria que pone en escena múltiples obras con diferentes actores y temas: recolectores de café, buscadores de tesoros, mujeres aventajadas a su época, feligreses, trabajadores incansables, jugadores de dominó, apasionados del arte, etc.

Bibliografía

- Álvarez Morales, Víctor Manuel (1996). "Poblamiento y población en el Valle de Aburrá y Medellín". En: Jorge Orlando Melo (ed.). *Historia de Medellín*, tomo II. Medellín: Suramericana de Seguros.
- _____ (1999). *Hitos empresariales y económicos de Antioquia en el siglo XX*. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín.
- _____ 2003. "Pueblos y pueblerinos. Las raíces de la Modernización en Antioquia". En: Adriana Maya Restrepo y Diana Bonnet Vélez (comps.). *Balace desafío de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI*. Bogotá: Uniandes.
- Bejarano, Jesús Antonio (1988). "Despegue cafetero, 1900-1928". En: José Antonio Ocampo [comp.]. *Historia económica de Colombia*. Bogotá: Editores Siglo XXI.
- Botero, Fernando (s. f.). "El espejismo de la modernidad en Medellín: 1890-1950". En: *Lecturas de Economía*, 39, 13-57.
- Botero Gómez, Fabio (1996). "Vida cotidiana y cultural urbana en Medellín, 1930-1950". En: Jorge Orlando Melo (ed.). *Historia de Medellín*, tomo II. Medellín: Suramericana de Seguros.
- _____ (1998). *Cien años de la vida de Medellín 1890-1990*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Botero Herrera, Fabio (1998). *Medellín 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Brew, Roger (2000). *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Chaves Chamorro, Margarita (2014). *El valor del patrimonio: mercado, políticas culturales y agenciamientos sociales*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Choay, Françoise (2007). *Alegoría del patrimonio*. Barcelona: Gustavo Gilli.
- Echavarría, Juan Fernando, Ortiz Maya, Luz Estella y Ortiz, Adriana María (1998). "Muma" o la historia de Media Luna. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Fajardo Montaña, Darío (1986). *Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia: 1920-1980*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Fonseca Martínez, Lorenzo (1992). *Arquitectura popular en Colombia: herencia y tradiciones*. Bogotá: Altamir.
- García Barrientos, Federico (2014). *El paisaje en Antioquia: patrimonio, turismo y publicidad*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- González Alcántara, José (2012). *El malestar en la cultura patrimonial*. Barcelona: Anthrosos.
- Gómez Lopera, Juan Carlos. "Del olvido a la modernidad: Medellín (Colombia) en los inicios de la transformación urbana, 1890-1930". En: *Lecturas de Economía*, 39, 13-57.
- Molina Londoño, Luis Fernando (1995). "Arquitectura del valle de Aburrá". En: Jorge Orlando Melo (ed.). *Historia de Medellín*, tomo II. Medellín: Suramericana de Seguros.
- Londoño, Patricia (1995). "Religión, iglesia y sociedad, 1880-1930". En: Jorge Orlando Melo (ed.). *Historia de Medellín*, tomo II. Medellín: Suramericana de Seguros.
- Reyes Cárdenas, Catalina (1995). "Vida social y cotidiana en Medellín, 1890-1940". En: Jorge Orlando Melo (ed.). *Historia de Medellín*, tomo II. Medellín: Suramericana de Seguros.
- Tobón Botero, Néstor (1985). "El legado arquitectónico de la colonización antioqueña". En: *Contexto histórico de la arquitectura en Colombia*. Instituto de Investigaciones Estéticas-Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia, p. 66.
- Torres de Restrepo, Lucelly (1985). "Colonización, café y arquitectura". En: Néstor Tobón Botero (ed.). *Arquitectura de la colonización antioqueña*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.



Este libro
Campos de Gutiérrez
se terminó de imprimir en diciembre de 2017,
Medellín, Colombia.

Memoria y Patrimonio

Los libros de la colección Memoria y Patrimonio del Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura Ciudadana, dan cuenta del trabajo realizado en Medellín en los últimos años, por investigadores de las ciencias sociales y humanas, gracias a los estímulos que otorga la Alcaldía mediante el recurso limpio y transparente de las convocatorias públicas para el Arte y la Cultura.

En los libros de esta colección, el rigor académico y la calidad narrativa se complementan para ayudarnos a entender la evolución, el sentido y la magnitud de nuestro patrimonio, un patrimonio que no se circunscribe al tamaño de las obras civiles, a la concepción arquitectónica de las construcciones o al trazado de las avenidas emblemáticas; porque parte integral del patrimonio es también el pensar y el sentir de los habitantes de nuestra ciudad pues son ellos, en definitiva, quienes llenan de vida y de sueños ese conjunto de casas, calles, edificios, parques y esculturas que llamamos Medellín.

Memoria y Patrimonio

Los libros de la colección Memoria y Patrimonio del Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura Ciudadana, dan cuenta del trabajo realizado en Medellín en los últimos años, por investigadores de las ciencias sociales y humanas, gracias a los estímulos que otorga la Alcaldía mediante el recurso limpio y transparente de las convocatorias públicas para el Arte y la Cultura.

En los libros de esta colección, el rigor académico y la calidad narrativa se complementan para ayudarnos a entender la evolución, el sentido y la magnitud de nuestro patrimonio, un patrimonio que no se circunscribe al tamaño de las obras civiles, a la concepción arquitectónica de las construcciones o al trazado de las avenidas emblemáticas; porque parte integral del patrimonio es también el pensar y el sentir de los habitantes de nuestra ciudad pues son ellos, en definitiva, quienes llenan de vida y de sueños ese conjunto de casas, calles, edificios, parques y esculturas que llamamos Medellín.



Campos de Gutiérrez Paola Peña Ospina, Juan Guillermo Bermúdez Tobón

Campos de Gutiérrez
Un encuentro de memorias

Paola Peña Ospina,
Juan Guillermo Bermúdez Tobón

Colección Memoria y Patrimonio
Secretaría de Cultura Ciudadana



Paola Peña Ospina. Socióloga (Universidad de Antioquia, 2009), Maestría en Historia del Arte (Universidad de Salamanca, 2012), investigadora, docente y curadora independiente. Trabajó 4 años como gestora y curadora del proyecto Espiga, rama curatorial de la Fundación Campos de Gutiérrez.

Juan Guillermo Bermúdez Tobón. Licenciado en Filosofía y Letras (Universidad Pontificia Bolivariana, 2012). Docente de cátedra de la Universidad de Antioquia.

